



Boletín Oficial Eclesiástico
DE LA
DIOCESIS DE SEGOVIA

Nº 2. Abril - junio 2024

OBISPADO DE SEGOVIA

C/ SEMINARIO, 4
40001 SEGOVIA

Teléfono: 921 460 963 - Fax: 921 460 964

E-mail: obsegovia@planalfa.es

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

I.- Obispo de la Diócesis

Homilía.

Desagravio en la Ermita del Bustar, p. 71

Escritos Pastorales:

El agua, la sangre y el Espíritu, p. 75

Les abrió la inteligencia, p. 77

Pascua al estilo de Cristo, p. 79

Pascua sobrenatura, p.81

Os llamo amigos, p. 83

La Ascensión del Señor, p. 85

Pentecostés: la Iglesia nace católica, p. 87

El Dios cristiano: uno y trino, p. 89

Crisis de fe y eucaristía, p. 91

El más fuerte, p. 93

Jesús y el Reino de Dios, p. 95

¿Quién es éste?, p. 97

Un nuevo sacerdote para Segovia, p. 99

Confirmaciones, p. 101

Agenda del Sr. Obispo, p. 102

II.- Cancillería - Secretaría General

Órdenes sagradas, p. 106

Nombramientos, p. 106

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre

Bula de convocación del Jubileo de 2025, p. 111

VARIOS

Premio de poesía mística al Sr. Obispo, *p.* 139

Distinción pontificia a Mons. Ángel Galindo, *p.* 142

Festividad de San Juan de Ávila, *p.* 143

IGLESIA DIOCESANA

I. OBISPO DE LA DIÓCESIS

HOMILÍA

En la eucaristía de desagravio por la profanación
de la ermita de Nuestra Señora de El Bustar
(Carbonero El Mayor)
6 de mayo de 2024

«No convirtáis en un mercado la casa de mi Padre»

Con profundo dolor nos reunimos en este lugar sagrado de la ermita de Nuestra Señora de El Bustar para reparar la profanación que ha sufrido y la ofensa a la Iglesia y a la Santísima Virgen, Madre de Cristo y madre nuestra. El hecho de que el vídeo ofensivo se haya divulgado a través de internet y de las redes sociales añade más gravedad al sacrilegio, pues extiende el conocimiento de lo sucedido con el consiguiente escándalo en los fieles cristianos.

El Código de Derecho Canónico, que es la ley universal de la Iglesia, dice en el canon 1211: «Los lugares sagrados quedan violados cuando, con escándalo de los fieles, se cometen en ellos actos gravemente injuriosos que, a juicio del Ordinario del lugar, revisten tal gravedad y son tan contrarios a la santidad del lugar, que en ellos no se puede ejercer el culto hasta que se repare la injuria por el rito penitencial a tenor de los libros litúrgicos».

Mi presencia esta tarde aquí está urgida por el ceremonial de los obispos que nos pide hacer un acto de reparación de manera que esta ermita recupere su dignidad sagrada. La profanación de un templo cristiano no es sólo una ofensa al lugar concreto donde se realiza, sino a la Iglesia en general, pues cada templo cristiano la visibiliza en su totalidad. Los primeros afectados por este acto son los autores directos de la profanación, pues, en el caso de que sean creyentes, se

han injuriado a sí mismos en cuanto miembros de la Iglesia católica, incurriendo en la posibilidad de penas canónicas; han ofendido a la Virgen María, para cuya veneración se ha construido este templo y a la jerarquía de la Iglesia, concretamente al párroco de esta comunidad, al actuar de espaldas a su autoridad.

Una vez que se ha pedido públicamente perdón por quienes fueron engañados sobre el contenido del vídeo y han reconocido la ofensa, la eucaristía que celebramos ahora es ofrecida en reparación por el daño ocasionado a la Iglesia y a los misterios que se celebran en los lugares sagrados. Es evidente que a esta reparación litúrgica debe seguir un análisis de las causas que han provocado la profanación y de las medidas que se deben tomar para evitar que actos como este se repitan aquí o en otros lugares. Corresponde a la autoridad eclesiástica, y sólo a ella, la regulación del culto y de sus exigencias en aquellos lugares que han sido consagrados para gloria de Dios, de Cristo, de la Virgen María y de los santos.

En las lecturas que hemos escuchado, la Palabra de Dios ha iluminado el sentido de esta celebración de desagravio.

En la primera lectura se nos dice que, si pecamos contra Dios, vivimos en las tinieblas, porque Dios es Luz. Y, si no confesamos nuestro pecado, mentimos y no estamos en la verdad. Añade, además san Juan que, si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, perdonará nuestros pecados y nos limpiará de toda injusticia.

Jesucristo nos ha prometido su perdón y no podemos dudar de él, porque ha dado la vida por nosotros. Por eso, se nos ha dicho que aboga por nosotros ante el Padre para que recibamos el perdón. Para recibir este perdón, es fundamental el arrepentimiento y la confesión sacramental, que el mismo Jesucristo ha instituido para nuestro bien. En una sociedad en la que se ha perdido el sentido del pecado y, por lo tanto, de la necesidad del arrepentimiento, conviene recordar que Dios perdona siempre que el pecador se humilla ante él y pide perdón.

Dios da la gracia del arrepentimiento a quienes, conscientes de su pecado, se acercan a él y suplican el perdón. Podemos pecar de muchas y diferentes maneras: contra Dios, contra el prójimo, contra nosotros mismos. En la profanación de un templo se dan las tres formas de pecado: Contra Dios, porque el templo es su morada en la tierra; contra los demás, porque el templo visible representa a la Iglesia invisible; contra nosotros mismos, porque, seamos o no creyentes, el respeto debido a los lugares sagrados es una exigencia de la ética personal y de la convivencia ciudadana. Cuando se consagra un templo se ungen sus muros y el altar con el crisma sagrado indicando que todo queda dedicado a Dios y a su culto y se excluye, por tanto, toda actividad profana. En estos últimos tiempos, los templos son considerados por muchas personas como lugares sociales, como museos o salas de actividades culturales. La legislación de la Iglesia, sin embargo, es muy precisa sobre la finalidad del templo, que es estrictamente religiosa y litúrgica, lugar de oración y de adoración; lugar de piedad y de silencio; lugar de enseñanza y catequesis; lugar de caridad y de vivencia de la fe. El templo exige respeto, veneración, decoro y piedad. Si, además, como en este caso, el templo está dedicado a la Virgen María, Madre de Cristo y madre nuestra, la profanación supone una injuria a su maternidad y al amor filial que le debemos.

En el evangelio que hemos proclamado, Jesús expresa de modo claro su actitud cuando percibe la profanación del templo de Jerusalén con las ventas de animales y el cambio de monedas de los que traficaban con ellos. Sus palabras –«no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre»– manifiestan qué significa la profanación. Para Jesús, como para nosotros, el templo es la casa del Padre. Cualquier uso que olvide este principio sobre la naturaleza del templo, lo convierte en un mercado, que, como es obvio, implica intereses económicos. Cuando los responsables del templo de Jerusalén preguntan a Jesús sobre la autoridad con la que ha realizado la purificación del templo, éste responde

con unas palabras llenas de misterio que sus oponentes interpretan literalmente: «Destruid este templo y en tres días lo edificaré». Dice el evangelista que se refería al «templo de su cuerpo», el cual sería destruido con su muerte y reedificado con su resurrección. No se refería al templo material, pero, con estas palabras, daba un significado a los templos cristianos. Estos no son una mera construcción artística apreciable por su valor y belleza estética, aunque no se tenga fe. Son lugares donde celebramos la muerte y resurrección de Cristo en cada eucaristía, y nos hacen visible la gloria de Cristo que murió y resucitó por nosotros.

Cuando traemos a nuestros familiares y amigos al templo para realizar las exequias y funerales cristianos, estamos afirmando, además, que, así como Cristo murió y resucitó por nosotros, también nosotros, que hemos participado en esta tierra de la liturgia cristiana, celebraremos un día con nuestros propios cuerpos la liturgia celeste.

La ignorancia religiosa que domina hoy en nuestra sociedad, incluso entre nuestros cristianos, hace que esta hermosa realidad del significado del templo y de los misterios que en él celebramos, se haya difuminado y olvidado. Los pastores de la Iglesia estamos obligados a recordar los fundamentos de la fe cristiana y las exigencias morales que se derivan del Credo que confesamos y de los mandamientos que debemos cumplir. A nadie se obliga a ser cristiano. A nadie se le impide entrar en la Iglesia. Pero quien desea ser miembro de Cristo y de la Iglesia debe asumir la dignidad con que está investido por el bautismo y la dignidad de lo que significa confesar la fe que hemos recibido de Cristo.

Oremos, pues, para que esta eucaristía haga eficaz la purificación que Cristo ha realizado para todos nosotros, nos haga conscientes del patrimonio de la fe que es el fundamento del patrimonio artístico de nuestros templos y conceda el perdón a los que sinceramente arrepentidos desean humillarse ante Dios y ante su Madre. Y que aquella a quien en la Salve confesamos que tiene «ojos misericordio-

sos» nos conceda alabarla, bendecirla y venerarla no sólo con flores, cantos y ofrendas materiales, sino con el amor de hijos, porque al pie de la cruz nos fue dada por Madre. Que ella consuele y conforte a cuantos hemos sufrido por esta profanación y haga de intercesora ante su Hijo para que devuelva a sus autores la gracia de su amistad.

Amén.



ESCRITOS PASTORALES

EL AGUA, LA SANGRE Y EL ESPÍRITU

El segundo domingo de Pascua, fiesta de la Misericordia Divina por decisión de san Juan Pablo II, era llamado desde antiguo domingo «in albis» (en vestidos blancos) como referencia a las vestiduras blancas que llevaban los bautizados en la Vigilia Pascual. Hoy leemos las dos apariciones del Resucitado a los apóstoles. En la primera de ellas, Jesús, después de mostrarles las manos y el costado para identificarse como el Crucificado, los envía como el Padre lo envió a Él, y realiza un expresivo gesto: sopla sobre ellos y les dice: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20,22-23). Con el gesto de soplar expresa el don del Espíritu vivificante, como hizo Dios con Adán y el profeta Ezequiel en la visión del campo lleno de huesos secos. Jesús se muestra como el Dios de la vida, que otorga a los apóstoles la capacidad de perdonar los pecados, acto supremo de la misericordia de Dios. En virtud de la Resurrección, la carne de Jesús se convierte en cauce de

la vida divina que alcanzará a todo hombre que confiese a Jesús como Señor. Así lo recuerda la primera carta de Juan: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios» (1 Jn 5,1).

Se cumple, por tanto, lo que Jesús había dicho a Nicodemo: que era preciso nacer de nuevo, del agua y del Espíritu. Esto significa la Pascua: un nuevo nacimiento en una nueva creación. Por eso, en la Vigilia Pascual se bautiza a los catecúmenos y se les reviste con una vestidura blanca, signo de la santidad y belleza de la nueva creación. El perdón de los pecados dado a los apóstoles por Jesús es la misericordia divina que brota a raudales de su humanidad gloriosa. Acoger con sencillez y gratitud este don es lo más decisivo de la fe, en cuanto reconocimiento de que Cristo es el Señor de la vida por su muerte y resurrección.

Jesús había prometido que daría el agua viva del Espíritu. Y había anunciado que su sangre sería para el perdón de los pecados. El agua y la sangre, junto al Espíritu, son los signos de la acción de Dios, como se dice en esta perfecta síntesis de la redención de Cristo: «Este es el que vino por el agua y la sangre: Jesucristo. No solo en el agua, sino en el agua y en la sangre; y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad» (1 Jn 5,6). El agua del bautismo y la sangre de la Eucaristía, por la acción de Espíritu, nos convierten en propiedad de Dios. Le pertenecemos totalmente, y al ser de él, vencemos a la muerte y al pecado, porque Dios nos guarda.

En una segunda aparición, Tomás, ausente en la primera, se convierte en el destinatario de las palabras de Jesús que le invita a tocar sus llagas, como había pedido Tomás para poder creer. Esta conmovedora escena viene a mostrar, a cuantos como Tomás quieren ver para creer, que Jesús no es un fantasma, ni un holograma (diríamos hoy) fruto de nuestra imaginación o de la técnica. Es el mismo que murió en la cruz. Tomás se rinde ante la evidencia de la carne glorificada de Cristo. No sabemos si llegó a meter su dedo en el agujero de sus manos, y la mano en su costado. Sabemos,

sin embargo, que creyó con el mandato de Cristo — «deja de ser incrédulo y cree» —, y esta misericordia que Jesús tuvo con él es, para los hombres de todos los tiempos, una «prueba» de su resurrección y una invitación a postrarnos ante él, como hizo Tomás, y hacer una de las más sencillas y bellas confesiones de fe que conocemos: «¡Señor mío y Dios mío!». Si hay alguien que aún duda de la misericordia de Dios es que quizás no se ha postrado nunca de rodillas para reconocer que solo el amor es digno de fe.

Segovia, abril 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia.

“LES ABRIÓ LA INTELIGENCIA”

En este tercer domingo de Pascua, el Evangelio de la misa insiste en el realismo de la resurrección. El relato del Evangelio de Lucas que leemos hoy es continuación del que narra la aparición a los discípulos de Emaús. Cuando estos explican a los de Jerusalén lo que les sucedió en el camino, Jesús se aparece, se sitúa en medio de ellos y les saluda con la paz. Dice Lucas que «sobresaltados y asustados creían ver un espíritu» (Lc 24,37). Jesús les tranquiliza, les muestra sus manos y sus pies y afirma: «Soy yo mismo». No se trata de un fantasma, ni de un espíritu de otro mundo. Se trata del mismo que fue crucificado; de ahí que lleve las llagas de la pasión.

Dado que no terminaban de creer, Jesús hace un gesto sorprendente: Les pide algo para comer y «comió delante de ellos» (Lc 24,43). Esta insistencia en la humanidad de Jesús se explica si tenemos en cuenta que el tercer Evangelio está dirigido a griegos, que, como es sabido, consideraban la idea de la resurrección como un absurdo dado el menosprecio con que miraban el cuerpo. El evangelista

supera de modo directo esta mentalidad presentando a Jesús comiendo el pescado que le ofrecen. Es obvio que este comer de Jesús no debe interpretarse literalmente, pues un cuerpo resucitado no tiene funciones biológicas ni necesita alimentarse. Los discípulos comprendieron, sin embargo, que Jesús gozaba de su plena humanidad que le permitía mostrar su realismo.

No termina aquí, sin embargo, la enseñanza de Jesús sobre su nuevo estado de resucitado. Como hizo en el camino de Emaús, Jesús, utilizando toda la Escritura — Moisés, los Profetas y los Salmos — interpreta todo lo que le ha sucedido, basándose en un principio fundamental: todo lo que está escrito tenía que cumplirse. Y, entonces, «les abrió la inteligencia para que comprendiera la Escritura» (Lc 24,45). Esta acción pedagógica de Jesús es necesaria para entender su vida. Por eso, decía san Jerónimo que «desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo». Durante su vida terrena, Jesús utilizó las Escrituras para explicar su misión: y ahora, una vez resucitado, se sirve de ellas para que los apóstoles comprendan la misión que les encomienda como testigos suyos en el mundo.

A pesar de los siglos que han transcurrido, muchas inteligencias no se han abierto al conocimiento de Cristo, porque intenta interpretarlo desde claves falsas: la comparación con otras religiones, el intento de explicar el misterio con teorías sociológicas y psicológicas, y la conocida «desmitologización» de la verdad sobre Cristo, bajo el presupuesto de que la fe cristiana es producto de la creación de un mito. Aunque desde el punto de vista científico, tales teorías han sido desechadas con argumentos de lógica elemental, los que, como Tomás, siguen pidiendo evidencias, chocan con la realidad de los hechos que los evangelistas transmiten inmediatamente después de la muerte y resurrección de Jesús, sin que, como señala M. Hengel, trascurriera el tiempo necesario para crear el mito de Jesús. Es más sencillo acoger con fe la apertura de la inteligencia a la Escritura, que creer en lo que la subjetividad de los que se tienen a sí mismos

como garantes de la historia, elaboran para desconfiar de lo que afirman los testigos oculares. De esto sabía bastante Lucas, médico e historiador, que comienza su evangelio apelando a quienes fueron testigos de los acontecimientos, que él, «después de investigarlo todo diligentemente desde el principio» se dispone a escribir en el evangelio dirigido al ilustre Teófilo. También el evangelio de Lucas, como el resto del Nuevo Testamento, forma parte de esa Escritura que debía cumplirse y para cuya comprensión Jesús abre la inteligencia de sus discípulos.

Segovia, abril 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

AL ESTILO DE CRISTO

Aunque los datos que tenemos en los evangelios no permiten hacer un retrato psicológico de Jesús totalmente exhaustivo, su personalidad adulta ha quedado reflejada en sus dichos y hechos de forma muy certera. En este domingo, se define a sí mismo como el buen pastor, y nos revela su interioridad en relación con el Padre y con los suyos.

Lo hace utilizando dos métodos: el contraste y la revelación. Jesús se define en contraste con los asalariados a quienes no les importan las ovejas: huyen ante el peligro porque solo les interesa el dinero. Jesús arriesga su vida hasta perderla en su defensa. Entre Jesús y los suyos existe un conocimiento recíproco, propio del amor auténtico. Y este conocimiento es paralelo al conocimiento existente entre el Padre y el Hijo. Esta comparación es sorprendente por los dos niveles que se comparan. El de toda la eternidad en Dios, y el del tiempo en la relación de Jesús con los suyos.

Además de señalar lo que le distingue de los asalariados, Jesús revela su intención de formar un rebaño con

«otras ovejas de no son de este redil». Manifiesta, por tanto, su ansia de universalidad y afirma que, cuando esas ovejas escuchen su voz, se formará un solo rebaño con un solo pastor. Esta conciencia de enviado a todos los hombres le distingue de los maestros de Israel que se conformaban con tener su propia escuela (a veces su pequeño grupo) sin más aspiraciones universalistas. Este afán de universalidad — a saber, catolicidad — expresa la voluntad de Cristo de llegar a cada hombre esté donde esté y sea de la cultura que sea. Se explica así que Pedro afirme en su predicación que el Nombre de Jesús Nazareno es el único nombre bajo el cielo «por el que debemos salvarnos» (Hch 4,12). Esto no significa desprecio a otros fundadores de sistemas religiosos o místicos. Es la afirmación de que, en cuanto Hijo de Dios, Jesús de Nazaret es el portador de la salvación definitiva.

Ahora bien, la razón última de este alcance universal de la salvación de Cristo está expresada en estas palabras: «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre» (Jn 10,17-18). La entrega que Jesús hace de su vida, al aceptar su propia muerte, atrae hacia él el amor del Padre, no porque desconociera que su Hijo era capaz de amar así, sino porque ha realizado el plan decidido desde la eternidad: perder su propia vida para recuperarla de nuevo» por la resurrección. Esta es la prueba del amor que Jesús resume con estas palabras durante la última cena: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). El gran teólogo Orígenes decía que lo que Dios no había permitido hacer a Abrahán — sacrificar a su hijo Isaac — ha permitido que sucediera a su Hijo: pasar por el trance de la muerte. Dios ha rivalizado con el hombre en el amor. A la hora de amar al hombre, no se reservó a su propio Hijo, como dice Pablo.

Los teólogos alemanes han acuñado un término para describir esta actitud de Jesús que es el paradigma del

amor hacia los demás: *pro-existencia*, es decir, vivir en actitud de entrega a Dios y a los demás ofreciendo la propia vida. «Dios — dice Benedicto XVI— anhela la salvación de su pueblo». Y esta donación de sí mismo manifestada en Cristo constituye el verdadero fundamento moral de nuestra entrega a los otros, pues solo puede amar así quien recibe de Dios esa capacidad de entregar la vida al estilo de Cristo. Eso significa el buen pastor, figura entrañable que basta para retratar a Jesús, pues representa la quintaesencia del Evangelio.

Segovia, abril 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia.

SOBRENATURAL Y CARNAL

Hay imágenes utilizadas por Jesús que sorprenden por su sencillez y profundidad. No son meros símbolos. Describen realidades que superan la percepción de los sentidos. La vida divina es inefable, indescriptible para el lenguaje humano. Que Jesús se sirva de imágenes sencillas que captan la atención de sus oyentes para describir su misión no priva a sus palabras de la verdad que intenta transmitir, reduciéndola a mera fantasía. Jesús es la Verdad y la dice en sí mismo, aun sin hablar. Mas cuando habla, desvela el misterio que habita en él.

La imagen de la vid y los sarmientos era familiar en el pueblo judío que tenía en la vid uno de los productos más queridos de su tierra. Y no sólo por el vino que proporcionaba, sino porque la vid, en sí misma, era símbolo del pueblo elegido. Por eso estaba esculpida en el frontispicio del templo. Cualquier agricultor podía entender a Jesús cuando describe la relación entre él y sus discípulos con la imagen de la vid y los sarmientos. En las laderas que des-

cienden hacia el torrente Cedrón, o circundan los valles del Tiropeón y de Hinón había vides, se recolectaba el fruto y se quemaban en grandes hogueras los sarmientos secos. De ahí viene la idea de la Gehena como lugar de condenación al fuego eterno.

Si leemos desde este trasfondo las palabras de Jesús que describen su relación con los suyos, descubrimos su convicción de que entre él y nosotros discurre una misma vida, la que nos trae de Dios, sin la cual seríamos sarmientos secos. La referencia a la poda que su Padre hace para que la viña dé frutos abundantes fortalece aún más la idea de que Dios interviene en Cristo para hacer crecer nuestra relación con él de modo permanente. Dios nos quiere más unidos a él, más fecundos, más conformados a su imagen. Si la vida no se entiende sin sarmientos, los sarmientos no existen sin la vida.

Esta forma tan plástica de presentar la unión de Cristo y el cristiano es ajena a la abstracción de otras descripciones de la vida cristiana. Pablo habla de «vivir en Cristo» y de «Cristo que vive en mí». Son fórmulas clásicas de la espiritualidad cristiana. Dicen lo mismo que la imagen de la vida y los sarmientos, pero carecen de la plasticidad, que entra por los ojos, de una vid cargada de racimos. Esto nos conduce a una comprensión más «realista» de la estrecha relación entre Jesús y los discípulos. Una misma savia corre por nuestras vidas y la de Cristo. Por ello, nuestra relación con él es «vital», del mismo modo que los frutos de dicha relación son también vitales, es decir, alcanzan todas las dimensiones del ser humano. Jesús no se mueve, por tanto, en el mundo de las ideas, sino en el de las realidades concretas: el grano de mostaza y de trigo, la levadura, la luz que se enciende, la sal, los lirios del campo y los pájaros del cielo. Parece como si tomara en sus manos la creación entera para explicarnos nuestro ser en relación con el suyo. Toma la creación y nos la devuelve como criterio de interpretación de la vida que fluye entre él y nosotros. Este realismo tan sobrenatural impide ideologizar su enseñanza

y convertirla en una abstracción sin arraigo en nuestra naturaleza humana. Al hablarnos así es imposible no pensar en que el Verbo se hizo carne; y la carne, la que pertenece a esta creación, es el vehículo para explicar lo divino, lo sobrenatural. Jesús nos viene a decir que, con palabras de Péguy, «lo sobrenatural es también carnal». Se explica, por tanto, que Dios nos pade como buen agricultor para que demos fruto abundante. ¿No es esto, en realidad, a lo que el hombre aspira? ¿No deseamos ser fecundos? ¿O nos contentaríamos con ser sarmientos secos?

Segovia, abril 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia,

“OS LLAMO AMIGOS”

En este sexto domingo de Pascua, Jesús utiliza el término «amigos» para designar a los apóstoles: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,13-15). Tres veces aparece en este texto la palabra «amigos». En primer lugar, para decir que el amor más grande consiste en dar la vida por sus amigos; indica después que Jesús ya no los llama siervos, sino amigos; y termina diciendo en qué consiste su amistad: Dar a conocer todo lo que ha oído de su Padre.

Se han escrito tratados sobre la amistad desde el célebre de Cicerón hasta nuestros días. Las palabras amistad y amigo son usadas con diferentes sentidos, puesto que hay amistades íntimas y otras más superficiales, que pueden reducirse a la simple camaradería o al compañerismo. La amistad de Cristo tiene su toque de absoluta novedad.

Dice un exegeta alemán: «Considero la amistad con Jesús como un faro en el horizonte de nuestra época». Relaciona la amistad con la luz. Y en su tratado sobre la amistad con Cristo, Benson afirma que «la amistad de Dios es un río a cuyas aguas pueden acercarse cualquier hombre que lo desee».

Lo más llamativo del concepto de amistad que emplea Jesús es la razón que da para llamar amigos a sus discípulos: Consiste en que todo lo que ha oído a su Padre se lo ha dado conocer. San Agustín se preguntaba ante esta afirmación: «¿Quién se atreverá a afirmar o creer que exista un hombre que sepa todo cuanto el Hijo de Dios oyó de su Padre?». Es una cuestión muy aguda. Un cristiano cabal es aquel que ha recibido de Jesús la enseñanza del Padre. Y esto, naturalmente, no se alcanza estudiando mucho ni leyendo libros de fe, sino mediante la apertura del corazón a la revelación de Cristo. Esto explica que muchos cristianos sin letras hayan alcanzado un conocimiento de Dios muy superior al de muchos teólogos. Hablamos, por tanto, de un conocimiento que Jesús da como «don» a quienes se unen a él gracias al misterio de la redención. De ahí que Jesús diga al comienzo de sus palabras que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Si él ha dado la vida por los que ama es lógico pensar que, en esa vida suya, está incluido el conocimiento que él tiene de su Padre.

Esto cambia totalmente la perspectiva que muy a menudo tenemos de la relación con Jesús, más parecida a la del siervo que acata y obedece sus preceptos que a la del amigo que nos hace sus confidencias, y a quien debemos corresponder con las nuestras; o, mejor aún, con la entrega de nuestra propia vida. Porque unas confidencias que no llegan a la entrega total de uno mismo, quedan siempre al margen de la propia vida: son palabras que se dicen, incluso con total sinceridad, pero no implican la total donación de uno mismo. Podemos decir que amamos mucho a una persona y, sin embargo, no darnos plenamente a ella. Esto

sería, en el contexto del que hablamos, una amistad que no toca el núcleo más íntimo de la persona. Jesús se ha dado totalmente a los suyos. Sin reservas y con la revelación de lo que el Padre le ha dicho a él. Por eso, se alegra en un momento de su vida cuando dice: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,25-27).

Segovia, mayo 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Los misterios de Dios y de la fe en Cristo son inexprésables en palabras humanas, las únicas que tenemos para hablar de ellos. Hasta Dios utiliza las palabras de nuestro lenguaje para hablar de sí mismo. Y cuando no las encuentra idóneas, se esconde en el silencio o se revela de forma directa en diversas teofanías.

Para explicar el retorno al Padre, después de su vida en esta tierra, Jesús habla de «volver» al Padre. Vino a este mundo para retornar al suyo primordial. «Salí del Padre [...] y me voy al Padre» (Jn 16,28). Con estas palabras describe la Ascensión al cielo, que los evangelistas presentan como ser llevado o levantado al cielo. Para indicar que habla de algo perceptible y a la vez misterioso, los Hechos de los Apóstoles dice que «una nube se lo quitó de la vista» a los testigos. Dado que la nube es un elemento simbólico de las teofanías, es fácil deducir que el escritor quiere decir que lo que narra —la entrada de Jesús en el mundo celes-

te— no puede ser descrito como un acontecimiento meramente físico. Lo mismo sucede con la otra afirmación de esta fiesta recogida en el Credo: «se sentó a la derecha del Padre». En el Oriente, sentarse a la derecha del rey es participar de su gloria y realeza. Jesús, debido a su condición divina, se sienta junto al Padre, lugar que le corresponde por derecho.

Culmina de esta manera la vida de Jesús en este mundo creado. Pero no es el fin de su compañía fraterna y gozosa. Antes de partir, dice a los suyos: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). Todo parece una incomprensible paradoja: Se va, pero se queda. Así es. Si lo pensamos bien, es la consecuencia de su encarnación. Una vez que el Hijo de Dios ha asumido nuestra carne, no puede ya desprenderse de ella. La carne humana nos une definitivamente a él. Y, aunque sube al Padre, se queda con nosotros. Se entiende, pues, que cuando san Pablo tiene que explicar este misterio, afirme que nosotros también hemos subido con él al cielo y nos hemos sentado junto a él. Es de una lógica perfecta. El Cristo que asciende al cielo nos lleva con él porque sube con nuestra carne; cabe decir, por tanto, que ya estamos sentados con él junto a su Padre. Es un misterio reconfortante. No estamos solos ni abandonados. El hombre no es un ser solitario, sino que goza de la compañía de Cristo.

De ahí que el evangelio de este domingo termine diciendo que los apóstoles «se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban» (Mc 16,20). Si lo pensamos bien, saber que Cristo coopera con nosotros en cuanto hacemos y confirma su palabra con los gestos que nos acompañan, es el mayor consuelo y la alegría plena. Conviene meditarlo cuando nos asaltan pensamientos negativos: la Iglesia va a la deriva, nuestro trabajo es inútil o estéril. Nos falla la fe. Si el Señor Resucitado coopera con nosotros, ¿qué podemos temer? ¿cuál es nuestra duda? Quizás olvidamos el exceso de confianza que Cristo ha tenido con nosotros al dejar en

nuestras manos la tarea que no deja de ser suya: edificar la Iglesia. O quizás seguimos pensando que, al subir al cielo, se ha desentendido de este mundo. Contemplamos la Ascensión desde un nivel mítico, sin raíces en la tierra. Y no es así. Su vuelta al Padre es para quedarse con nosotros de forma más plena y definitiva, como el atleta que llega a la meta, alcanza el triunfo y nos lo devuelve convertido en un trofeo que nos pertenece, puesto que lo ha logrado con la carne que un día asumió para hacernos verdaderamente sus hermanos y poder disfrutar con él de su victoria. En realidad, Jesús sube al Padre para quedarse más firmemente entre nosotros.

Segovia, mayo 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

PENTECOSTÉS: LA IGLESIA NACE CATÓLICA

La solemnidad de Pentecostés culmina el tiempo pascual y abre a la Iglesia a la totalidad de todos los pueblos. Jesucristo, elevado a los cielos, envía su Espíritu sobre el colegio apostólico para que predique el Evangelio a todas las naciones que progresivamente van entrando en la única iglesia de Dios, que trasciende los límites geográficos, religiosos y culturales de Israel. La promesa de que la salvación vendría de los judíos se ha cumplido, pero no queda circunscrita al pueblo de la primera alianza. Dios es Señor de todas las naciones y Salvador universal por la acción de Cristo.

En la liturgia de este día se contraponen la confusión de las lenguas en Babel de modo que los hombres, que hablaban una misma lengua, no pudieran edificar una torre que arrebatara a Dios su poder, con el don de lenguas que reciben los apóstoles para poder llevar el Evangelio a todos los

pueblos. A la confusión de Babel se opone la unidad de Jerusalén porque todos escuchan las maravillas de Dios en su propia lengua. Esa lengua única que puede ser entendida por todos es el Espíritu que ilumina y da el entendimiento de las cosas de Dios. Con esta imagen se quiere decir que el evangelio está pensado para todos los pueblos y culturas. Ninguno queda fuera de la predilección de Dios a condición de que reciban el Espíritu, que es Espíritu de la verdad y de la unidad.

Jesús había anunciado a los apóstoles que el Espíritu de la Verdad les enseñaría todo, incluso aquello de lo que él no había hablado porque no lo hubieran entendido. Ahora todo es claro y luminoso. El Espíritu interioriza la verdad, la hace accesible y amable. Es la verdad que seduce a los hombres para el bien. La verdad que nos hace libres, según dijo Jesús.

Al cabo de los siglos, el Evangelio se ha hecho cultura en la mayoría de los pueblos de la tierra. La fe ha asumido aquellos valores que son conformes al Evangelio y los ha convertido en un cauce de salvación y de unidad. La belleza de la Iglesia reside precisamente en la unidad de la fe que todos confesamos y en la diversidad de las formas de expresar la fe según la lengua y cultura de los pueblos. Es la única Iglesia de Cristo porque, según dice Pablo, «todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Cor 12,13). Se entiende, por tanto, que el mayor pecado sea el que se comete contra el Espíritu, pues atenta contra la unidad de la Iglesia querida por Jesús. Si «nadie puede decir "Jesús es Señor", sino en el Espíritu Santo» (1 Cor 12,3), quiere decir que sólo quien acoge el Espíritu puede confesar la fe en el señorío universal de Cristo. No se trata, por tanto, de ponernos de acuerdo en lo que debemos creer o no; se trata de recibir el Espíritu Santo que nos enseña la verdad revelada y crea de este modo la unidad de fe sobre la que se sostiene la Iglesia.

Pentecostés es la gran fiesta de la Iglesia que nace y se extiende por la fuerza del Espíritu acogiendo a su seno a todos los pueblos. Como decían los Santos Pueblos, el mundo está llamado a ser Iglesia, del mismo modo que el hombre ha sido creado para acoger el Evangelio. De ahí que Pentecostés no se reduzca al día de su solemnidad, sino que es la permanente acción del Espíritu en el mundo, al que, por diversos y misteriosos medios – el principal es el de los sacramentos – prepara para llegar a ser parte del único Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Como decía san Pablo VI, «la Iglesia está necesitada de un Pentecostés permanente». Es tarea de todos los cristianos hacer posible esta realidad con nuestra palabra y testimonio en docilidad al Espíritu.

Segovia, mayo 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia.

EL DIOS CRISTIANO: UNO Y TRINO

Cuando los hombres hablan de Dios, no siempre se refieren a la misma realidad. La variedad de religiones y credos utilizan el concepto «Dios» para describir la divinidad a la que dan culto. Desde las creencias animistas hasta los panteísmos orientales hay variedad de matices que nada tienen que ver con la revelación judeocristiana en la que Dios es un ser personal. Incluso en las tres religiones monoteístas hay sus notables diferencias a pesar de la coincidencia en admitir que existe un solo Dios.

Dejando a un lado el Islam, que refunde ideas judías y cristianas con otras de su propia cultura, el judaísmo y cristianismo profesan la existencia de un solo Dios que se ha revelado en la historia del pueblo judío y en su continuidad que es la Iglesia fundada por Cristo. Los cristianos, en efec-

to, afirmamos que el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Como decía Pascal, no es el Dios de los filósofos y de los sabios, aunque participe de algunas de sus características, sino el Dios revelado al pueblo de Israel y, finalmente, manifestado en la persona de su Hijo, Jesús de Nazaret.

La fe de la Iglesia en el Dios afirma dos cosas: 1) Dios es uno solo; 2) Dios subsiste en la comunidad de tres personas distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Para llegar a este conocimiento, Dios se ha revelado progresivamente, a partir de su unicidad, hasta afirmar su condición trinitaria. Esta comunión de personas aparece ya en la creación del hombre, cuando Dios, al crear a Adán, dice estas palabras: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26). Al hablar en plural se apunta ya a la revelación de las tres personas que constituyen al único Dios. La fe cristiana no es politeísta. Dios es uno en esencia y trino en personas. Y las tres personas, en su diversidad, revelan el rostro del único Dios, como pintó en su famoso icono de la Trinidad el artista ruso Andrei Rubliov al imaginar a las tres personas en idéntica postura y con el mismo rostro.

Naturalmente, hasta que la Iglesia define el dogma de la Trinidad ha habido reflexión, debate y hasta luchas internas para dilucidar dos conceptos clave en la fe trinitaria: el concepto de «naturaleza» y el de «persona», pues no siempre se les daba el mismo contenido. Pero las bases de esta definición están presentes en el Antiguo Testamento y explicitadas en el Nuevo, sobre todo en la enseñanza de Jesús. Cuando Jesús habla de su Padre, lo llama Dios; al hablar de sí mismo se define con los atributos del Padre y así lo entienden sus enemigos cuando le acusan de hacerse como Dios; y, cuando habla del Espíritu Santo, lo presenta en estrecha comunión de vida y unión con el Padre y con el Hijo, lo cual solo es posible si participa de la única naturaleza divina. Lo que en el Antiguo Testamento se iba perfilando como «personas» a partir de atributos divinos que adquieren poco a poco personalidad individual, lo encontramos

ya revelado en Cristo, en la tradición apostólica y, en última instancia, en los concilios que definen la fe revelada.

El concepto de «revelación» juega un papel importante en la vida de la Iglesia, porque, a diferencia de los credos y religiones de otras culturas, la fe cristiana no es una creación del hombre que busca a Dios desde siempre, a base de tanteos, signos y ritos; la fe cristiana, en su más genuina esencia, es la «revelación» que Dios hace de sí mismo para que creamos en él por intervención en la historia — «las maravillas de Dios» —, que va desde la creación del mundo hasta la resurrección de Cristo, que es la nueva creación. Dios ha salido al encuentro del hombre y se le ha manifestado como único y trino.

Segovia, mayo 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia.

CRISIS DE FE Y EUCARISTIA

La profunda crisis de fe que atraviesa la Iglesia, de la que ya nos advirtió san Juan Pablo II al inicio de este milenio, repercute de modo especial en el sacramento de la Eucaristía, centro de nuestra vida litúrgica y pastoral. El abandono de la misa dominical y de la comunión, la escasa presencia de personas que visitan y adoran al Sacramento, el fracaso reconocido por los sacerdotes de la preparación a la Primera Comunión (que para muchos es primera y última), nos exige una reflexión seria a pastores y fieles sobre sus causas y las medidas que debemos tomar para dar prioridad a la Eucaristía en la formación de nuestro pueblo.

He pensado muchas veces que la Iglesia debería volver a ciertas prácticas de la teología del arcano en los primeros siglos para discernir las condiciones de edad, madurez espiritual y progresivo crecimiento de la fe en los contenidos

de este sacramento que, por una parte, actualiza el misterio pascual de Cristo, y, por otra, anticipa el banquete del Reino de los cielos después de la muerte. No hay misterio tan cercano al hombre y, al mismo tiempo, tan trascendente y esperanzador. Cercano como el pan y el vino; trascendente por la eternidad que promete. Si, como dice Jesús, quien come su Cuerpo y bebe su Sangre vivirá para siempre, nuestros templos deberían estar abarrotados de fieles, no sólo el domingo, sino el resto de los días de la semana. Las multitudes que vemos en la Iglesia con ocasión de fiestas religiosas, muchas de ellas convertidas en eventos populares y culturales, contrasta con la escasa participación en el mesa eucarística donde recibimos el alimento de la inmortalidad.

Fallan, por tanto, los contenidos de la fe en la presencia real y verdadera del Hijo de Dios en las especies del pan y del vino. No quiero entrar en detalles, pero observemos qué hacen los niños, incluso el día de su Primera Comunión, cuando, después de comulgar, vuelven a sus sitios y se ponen a hablar unos con otros. Si falla lo más elemental, ¿qué podemos esperar de lo esencial? El Corpus Christi es el día del amor fraterno. Este amor nace de la Eucaristía, que actualiza la entrega de Cristo a la muerte por nosotros. La escasez de vocaciones a la vida cristiana en general y a los diversos estados de vida tiene mucho que ver con la desmemoria del amor de Cristo, que impide a tantos jóvenes a plantearse el seguimiento radical de Cristo o la fundación de una familia cristiana. No se puede edificar la Iglesia sin transformar la propia vida con la Eucaristía.

El amor fraterno, la caridad evangélica, nacen del amor de Cristo que nos urge a la entrega total. El Corpus Christi, con su solemne procesión por nuestras calles, invita a reconocer que Cristo vive entre nosotros y participa de nuestra vida para aspirar a la eterna. Dios nos llama en el tiempo a la eternidad. El fin de la vida no es la muerte, sino la vitoria sobre la misma. San Ignacio de Antioquía decía que el pan que partimos es «medicina de inmortalidad, antídoto para

no morir y alimento para vivir en Jesucristo por siempre».

Jesús instituyó la Eucaristía para quedarse con los suyos y permitirlos mantener una relación vital – como ocurre con la comida – que nos transformase en él mismo. Ya decía san Agustín que, de manera opuesta a lo que sucede con los alimentos ordinarios que llegan a ser parte de nuestro organismo, la comida eucarística nos transforma en lo que comemos, es decir, nos hace ser parte del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Por eso decía que la crisis de fe que padece la Iglesia muestra la debilidad de nuestra comprensión de la Eucaristía y de su poder transformante. Recordemos el conocido axioma: la Iglesia hace la Eucaristía, y la Eucaristía edifica la Iglesia.

Segovia, junio 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

EL MÁS FUERTE

Muchas cosas se dijeron en tiempos de Jesús sobre su predicación y sus milagros. El impacto que produjo en el pueblo la novedad de su enseñanza y las curaciones que realizaba contrastaba con el rechazo que la clase dirigente de Israel le mostraba a medida que crecía su fama. En el Evangelio de hoy se dice que incluso sus familiares, en cierta ocasión, vinieron a buscarlo porque se decía que no estaba en sus cabales. Posiblemente, con afán de querer ayudarle, su familia pretendía influir en él para evitar enfrentamientos con las autoridades religiosas.

Dado que, entre los milagros, tuvo especial significación la curación de los poseídos, sus enemigos llegaron a decir que, si expulsaba demonios, era por un pacto con Belcebú, príncipe de los demonios. Para defenderse de esta acusación, que presentaba a Jesús como si él mismo fuera un poseído,

Jesús declara que quien afirme tal cosa blasfema contra el Espíritu Santo y este pecado no tendrá perdón jamás (cf. Mc 3,28-30). Atribuir al poder de Jesús la acción del demonio es blasfemar contra el Espíritu que es, en realidad, quien actúa en Jesús como Hijo de Dios y enviado del Padre.

Pero interesa recalcar, además, la falta de lógica que sustenta esta acusación y que Jesús, sirviéndose de una parábola, explica a sus enemigos. «¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? – afirma Jesús – Un reino dividido internamente no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir. Si Satanás se rebela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con la casa» (Mc 3,24-27). La lógica de este argumento es aplastante. Es ridículo, en efecto, pensar que uno puede ser enemigo de sí mismo. Jesús, además, de forma indirecta, se presenta a sí mismo como el que es capaz de atar a «un hombre forzado» para arrebatarse su ajuar. Es obvio que ese «hombre forzado» es Satanás, y su ajuar son aquellos que Jesús ha liberado de su dominio en los exorcismos que realizó. Esta parábola, tan asequible a la gente que le escuchaba, afirma de Jesús que él es más fuerte que Belcebú y que sus curaciones de posesos muestran que ha «atado» a Satanás y ha venido a acabar con él. Se explica, por tanto, que quien explique este poder como si se tratara de una alianza con Satanás, blasfeme contra el Espíritu Santo.

Para los cristianos, esta enseñanza de Jesús es muy consoladora. El poder del mal, personificado en Satanás, no es absoluto. Cristo lo ha vencido con su muerte y resurrección. Así lo muestran los iconos de la resurrección en el Oriente cristiano al representar al diablo atado de pies y manos y lanzado al abismo para siempre. Es cierto que su influencia continúa en el mundo y se deja sentir en nuestra experiencia espiritual de tentación y pecado. Pero el cristiano tiene la certeza de que el poder de Cristo es superior al suyo. Siguiendo el símil del Evangelio, Jesús es más fuerte que el

diablo y lo ha «atado» limitando su poder. El que se atrevió a tentar a Jesús en el desierto, fue vencido. Volvió de nuevo a tentarlo en la «hora de las tinieblas», pero en esa lucha final, la luz venció a las tinieblas y Cristo se mostró como el más forzado, es decir, el que puso fin a su dominio sobre el hombre. Eso quiere decir la expresión de Jesús en otro lugar del Evangelio: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10,18). Esa caída, producto de su soberbia, nos da la seguridad de que, en la lucha que el cristiano sostiene contra él, Jesús nos dará siempre fuerza para vencer si tenemos la sabiduría de descubrir sus ardides y desenmascarar sus estrategias con el poder del Espíritu.

Segovia, junio 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia.

JESÚS Y EL REINO DE DIOS

Cuando Jesús habla del Reino de Dios se refiere a que, gracias a su encarnación, Dios establece su soberanía en el mundo. Los evangelios sinópticos hablan de «Reino de Dios»; san Juan explica esta expresión con la paralela de «vida eterna». La imagen de un Reino terreno, con su soberano, ayuda a entender expresiones como «entrar en el Reino» o ser excluido de él. Participar en el Reino de Dios o Reino de los cielos es beneficiarse de la salvación que trae Jesucristo. Como enviado del Padre, Jesús es el que establece este Reino entre los hombres, pero también afirma que su plenitud se realizará cuando venga al fin de los tiempos como Juez de vivos y muertos. Cuando Poncio Pilato pregunta a Jesús si es rey, éste responde afirmativamente, pero le aclara que su reino no es de este mundo y que, por tanto, no debe entenderse con categorías mundanas. Jesús es Rey porque ha venido a dar testimonio de la verdad. En la me-

didada en que escuchamos su voz y acogemos la Verdad que predica participamos ya aquí de su Reino.

En el Evangelio de este domingo Jesús utiliza dos parábolas para hablar del Reino de Dios: la primera se refiere al crecimiento del Reino; la otra, es conocida como la del grano de mostaza. Aunque son distintas, tienen un hilo conductor que se podría resumir en la desproporción entre el comienzo y el desarrollo del Reino, que tiene sus propias leyes dadas por Dios. En la primera parábola, Jesús dice que el hombre es como el sembrador que siembra la semilla y esta crece día y noche sin que él sepa cómo. La semilla crece, da fruto y se siega. La del grano de mostaza presenta el contraste entre la pequeñez de la semilla y la grandeza del arbusto que produce, capaz de acoger a los pájaros del cielo. Con estas parábolas, Jesús, sin decirlo expresamente, afirma que el hombre no es el autor de este proceso de desarrollo, sino Dios. La fuerza de la semilla explica su crecimiento. El hombre es testigo de lo que acontece.

Con estas parábolas, y otras semejantes, Jesús enseña que el Reino de Dios se establece y crece por iniciativa divina. Es obvio que, para que esto suceda, el hombre tiene que acogerlo como la tierra que recibe la semilla, pero ni el hombre instaaura el Reino ni su crecimiento depende primariamente de él. La actitud del hombre frente al Reino de Dios es la acogida y la disponibilidad para ponerse a su servicio. Esto es lo que dice Jesús a Pilato: es preciso escuchar su voz y acoger su verdad para ser de su Reino.

En realidad, la enseñanza de Jesús sobre el Reino puede resumirse en esta frase: Jesús es el Reino. Quienes se unen a él son sus súbditos a través de los cuales se extiende su soberanía por el mundo. Por ese se dice que la Iglesia es principio y germen del Reino, en cuanto que es el Cuerpo de Cristo peregrinando en este mundo. Las bienaventuranzas que Jesús proclama en el monte son al mismo tiempo la ley y el espíritu del Reino y lo hacen crecer en quienes las acogen como norma de su vida. Para entender bien la actitud de quien desea entrar en su Reino, Jesús dice que

hay que recibirlo con la actitud de un niño que pone toda su confianza en el Padre del cielo. Precisamente, la segunda petición del Padrenuestro es «venga a nosotros tu Reino». EL Reino de Cristo es un don que viene de arriba, de Dios mismo, que nos regala sus dones. Gracias a ellos, los cristianos debemos trabajar en este mundo con la esperanza de cambiarlo según la imagen que Cristo ofrece de un mundo conformado con la verdad, la justicia, el amor y la paz. En este sentido, cooperamos con Cristo para que su Reino se establece en el corazón de los hombres y en todos los pueblos. No otra cosa es Pentecostés: la recreación del mundo.

Segovia, junio 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

¿QUIÉN ES ÉSTE?

Los evangelios, cada uno a su manera, intentan responder a la pregunta que se hacían sus contemporáneos sobre Jesús: ¿Quién es éste? El impacto que producía su persona, su enseñanza, y especialmente sus milagros, está en el origen de la primera reflexión sobre la identidad de Jesús como Mesías e Hijo de Dios. Dirigidos a diversos destinatarios, los evangelios pretenden esclarecer quién es Jesús de Nazaret y qué misterio encierra su persona.

En el Evangelio de este domingo, que narra el milagro de la tempestad calmada, la pregunta sobre Jesús aparece formulada de esta manera: «Pero ¿quién es éste? ¡Hasta el viento y el mar lo obedecen!» (Mc 4,41). Es claro que, si Jesús hace el milagro, no es sólo para manifestar su poder sobre el viento y el mar. Cuando los discípulos le despiertan asustados ante el miedo al naufragio, Jesús les dice: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El miedo y la fe no son compatibles para Jesús, aunque en ocasiones parece

dormir en medio de las dificultades que atraviesa la Iglesia. De ahí que este pasaje del Evangelio se ha interpretado como una imagen de la Iglesia que sufre las embestidas del mal o de sus enemigos que pueden hacerla zozobrar.

El milagro de Jesús es una prueba de su poder divino. Pero reprocha a los suyos que no les baste su presencia y que su fe sea débil en momentos de aprieto. La presencia de Jesús en la barca era suficiente para estar tranquilos, pero no lo fue. Esta situación es muy frecuente en la Iglesia de hoy y de todos los tiempos. «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?», le dicen los discípulos cuando le despiertan. Analizada fríamente, esta pregunta revela que desconocían la intensidad del amor de Jesús por ellos y por la Iglesia. Tendrá que acontecer la muerte de Jesús y su resurrección para hacerles comprender su amor infinito.

La situación por la que pasa la Iglesia en nuestro tiempo suscita en muchos cristianos la misma pregunta: ¿No le importa a Cristo que la Iglesia disminuya en sus miembros? ¿No puede él, en cuanto Hijo de Dios, arreglar los problemas actuales y darle la vuelta a la situación actual? Quienes piensan así carecen de fe como los discípulos en la barca. No han respondido a la pregunta fundamental del cristianismo: ¿Quién es éste? Se admiran de sus milagros y de su enseñanza, pero Jesús de Nazaret es una incógnita sin resolver en la experiencia íntima y personal de la fe. Dudan de él y cuestionan su condición divina, aunque sea de modo indirecto.

En muchas ocasiones, Jesús reprocha a sus seguidores la falta de fe a pesar de lo que han visto y oído de él mismo. Su adhesión a la persona de Jesús queda en el ámbito de lo sensible, de lo externo, de lo que afecta a sus intereses personales. No es la fe sólida de que en Jesús se nos ha revelado definitivamente Dios y el tiempo ha llegado a su plenitud en cuanto que se ha hecho presente aquel que da sentido y finalidad a todo lo que existe. En los himnos a Cristo del Nuevo Testamento, es presentado como aquel por el cual y para el cual se ha hecho el mundo y él es la

meta final de la historia y del cosmos. Todo tiene en él su consistencia. Este principio cristológico fundamental debe llegar a ser en cada cristiano el fundamento vital de su fe en Cristo. Si esto no sucede, la duda, el miedo, la inseguridad sobre nuestro destino nos rondará cada día como la peor tentación que podemos sufrir. Quizás por eso Jesús se pregunta si, cuando venga de nuevo a la tierra, encontrará fe. Se trata de la fe que mueve montañas, la fe que nos da seguridad a pesar de las tormentas que amenazan a la Iglesia edificada sobre la roca de Cristo.

Segovia, junio 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia

UN NUEVO SACERDOTE PARA SEGOVIA

Ayer, solemnidad de san Pedro y san Pablo, el diácono Alberto Janusz Kasprzykowski Esteban ha sido ordenado presbítero. Ha entrado a formar parte de la gran tradición de quienes Cristo ha elegido para ser pastores de su pueblo. La Ordenación Sacerdotal se remonta al mismo Cristo, y capacita a quien la recibe a actuar «en la persona de Cristo Cabeza» de la Iglesia. Un largo camino de formación y discernimiento ha llevado a Alberto hasta este momento en que la Iglesia le ha aceptado como idóneo para este ministerio. La Iglesia de Segovia se alegra con inmenso gozo y da gracias a Dios por este gran regalo.

Dice Jesús a sus apóstoles que no son ellos quienes le han elegido a Él, sino Él quien los ha elegido. Lo hizo después de una noche dedicada a la oración y a cada uno lo llamó por su nombre. La vocación, naturalmente, es una llamada que la persona siente en su interior. Pero tal llamada debe ser confirmada por la Iglesia que manifiesta la iniciativa de Dios en todo elegido. Dios llama y confirma la

elección mediante el Sacramento del Orden. Aunque hoy, en general, hay una depreciación del ministerio sacerdotal, incluso entre familias cristianas que se oponen a que sus hijos acojan esta vocación, su grandeza y trascendencia solo puede entenderse desde la elección de Cristo, que llama a configurarse con Él. Por eso, Jesús llega a decir que «quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado» (Lc 10,16). La identificación de Jesús con sus apóstoles no puede ser más clara. Se explica, por tanto, que san Pablo afirme que Cristo vive, actúa y habla en él.

La importancia de esta elección justifica que Jesús dedicara gran parte de su ministerio a formar al grupo de los Doce, a quienes llamó «para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14). No los eligió ni envió de manera aislada, sino como tal grupo: «Instituyó doce». Indica así que forman un grupo unido llamado «colegio» que tiene dos formas de realización: el colegio de los obispos, y el colegio de los presbíteros. Cuando se ordena un presbítero, los sacerdotes de la diócesis imponen sus manos sobre el ordenando para indicar esta «colegialidad».

Aunque las tareas fundamentales del sacerdote corresponden a las de Cristo: evangelizar, santificar y pastorear la grey, es obvio que la unción sacerdotal configura toda la vida del sacerdote que queda conformado a Cristo y que le exige identificarse cada día más con Él. En este sentido, el papa Benedicto XVI decía, en su magisterio de teólogo, que el sacramento del orden realiza una cierta expropiación de uno mismo para que Cristo se haga presente en quien ha sido ordenado y puede decir con san Pablo: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). Quien no entienda esto se incapacita para comprender el sentido y ministerio del sacerdote en la Iglesia y en el mundo, y se privará por tanto de experimentar hasta qué punto Cristo se le hace presente en cada uno de sus ministros.

Tan desbordante es esta gracia que se comprende la necesidad que tiene cada sacerdote de conformarse a Cristo. Y la necesidad de que el pueblo cristiano pida al Señor por los sacerdotes y por las vocaciones a este ministerio que está marcada con el mismo signo de contradicción que marcó a Cristo en su vida. A Cristo, porque no entendían que un hombre como los demás pudiera actuar como Dios; a los sacerdotes, porque nuestra debilidad se utiliza como argumento para rechazar la gracia que llevamos en vasos de barro. Alegrémonos con el nuevo sacerdote y pidamos para que su fidelidad sea muy fecunda. ¡Enhorabuena!

Segovia, junio 2024
+ César Franco
Obispo de Segovia.



CONFIRMACIONES

Han tenido lugar en los siguientes lugares y fechas:

ABRIL:

- Día 13. Monterrubio.
- Día 26. Santo Tomás, de Segovia.
- Día 27. San José, de Segovia.

MAYO:

- Día 3. Parroquia de San Millán, de Segovia.
- Día 11. Carbonero el Mayor.
- Día 12. Sepúlveda.
- Día 17. Cantimpalos.
- Día 19. Catedral para adultos.
- Día 24. Prádena.

- Día 25. Samboal.
- Día 26: Zarzuela del Pinar y Nava de la Asunción.
- Día 31. Resurrección del Señor, de Segovia.

JUNIO:

- Día 1: Navas de San Antonio y Navalmanzano.
- Día 7. San Rafael.
- Día 8: Santuario de El Henar y Valverde del Majano.
- Día 9. Lastras de Cuéllar.
- Día 14. San Lorenzo, de Segovia.
- Día 15. Garcillán.
- Día 16. Abades.



AGENDA DEL SR. OBISPO

ABRIL 2024

- Día 4. Visitas en el Obispado.
- Día 5. Visitas en el Obispado.
- Día 8. Celebración de la Eucaristía por la Jornada por la vida.
- Día 9. Consejo de Gobierno.
- Día 10. Visitas en el Obispado
- Día 11. Visitas en el Obispado.
- Día 12. Visitas en el Obispado.
- Día 13. Confirmaciones en la parroquia de Monterrubio.
- Día 15. Visitas en el Obispado.
- Día 16. Consejo de Gobierno.
- Día 17. Visitas en el Obispado.
- Día 18. Visitas en el Obispado
- Día 19. Reunión de la Fundación San Pedro.
- Día 22. Retiro de Pascua.
- Día 24. Consejo de Gobierno.

- Día 25. Conferencia “El libro de los libros” en la librería diocesana.
- Día 26. Consejo de Asuntos Económicos. Confirmaciones en la parroquia de Santo Tomás.
- Día 27. Confirmaciones en la parroquia de San José.
- Día 29. Eucaristía con los participantes de “Ejercicios en la vida diaria”.
- Día 30. Consejo de Gobierno

MAYO 2024

- Día 2. Visitas en el Obispado. Encuentro con los jóvenes de pastoral universitaria.
- Día 3. Reunión de la Permanente del Consejo Presbiteral. Confirmaciones en la parroquia de San Millán.
- Día 4. Consejo de pastoral diocesano.
- Día 5. Eucaristía por la Pascua del enfermo.
- Día 6. Acto de desagravio en la ermita de Nuestra Señora de El Bustar.
- Día 7. Consejo de Gobierno.
- Día 10. San Juan de Ávila. Eucaristía en la Iglesia del Seminario por las bodas jubilares sacerdotales.
- Día 11. Confirmaciones en la parroquia de Carbonero el Mayor.
- Día 12. Confirmaciones en la parroquia de Sepúlveda.
- Día 14. Consejo de Gobierno. Visita a las Madres Dominicanas.
- Día 16. Visitas en el Obispado.
- Día 17. Consejo Presbiteral. Confirmaciones en la parroquia de Cantimpalos.
- Día 18. Vigilia de Pentecostés en la Catedral.
- Día 19. Confirmaciones de adultos en la Catedral.
- Día 21. Consejo de Gobierno.
- Día 22. Encuentro de Arciprestes.
- Día 23. Visitas en el Obispado.
- Día 24. Consejo de Asuntos Económicos. Confirmaciones en la parroquia de Pradena.

- Día 25. Rosario de la Aurora en el Santuario de la Fuen-cisla. Bautismo de dos adultos en la parroquia de Santa Eulalia. Confirmaciones en la parroquia de Samboal.
- Día 26. Confirmaciones en la parroquia de Zarzuela del Pinar. Confirmaciones en la parroquia de Nava de la Asunción.
- Día 29. Rueda de prensa con motivo de la presentación de las obras que van a prestarse a la exposición de las Edades del Hombre. Consejo de Gobierno.
- Día 30. Eucaristía organizada por Caritas con motivo de la semana de la caridad en la parroquia de San Millán. Visitas en el Obispado.
- Día 31. Confirmaciones en la parroquia de la Resurrección del Señor.

JUNIO 2024

- Día 1. Confirmaciones en la parroquia de Navas de San Antonio. Confirmaciones en la parroquia de Navalmanzano.
- Día 2. Eucaristía por la Solemnidad del Corpus Christi en la Catedral y procesión.
- Día 3. Colegio de Consultores. Consejo de Gobierno. Eucaristía de la Minerva en la parroquia de San Miguel.
- Día 4. Presentación del libro Visiones de Mons. César Franco en Madrid.
- Día 5. Visitas en el Obispado. Eucaristía en la novena del Sagrado Corazón de Jesús en el Santuario de la Gran Promesa de Valladolid.
- Día 6. Eucaristía con los participantes del encuentro de Vida Ascendente de todas las Diócesis de Castilla y León. Presentación del libro "Visiones" de D. César Franco en la Casa de Espiritualidad.
- Día 7. Visitas en el Obispado. Confirmaciones en la parroquia de San Rafael.
- Día 8. Confirmaciones en el Santuario de El Henar. Confirmaciones en la parroquia de Valverde.

- Día 9. Confirmaciones en la parroquia de Lastras de Cuellar. Participación en la Feria del libro en Madrid.
- Día 11. Consejo de Gobierno. Entrega de premios del Concurso de dibujos de la Delegación de enseñanza.
- Día 12. Participación en el acto de entrega de la Medalla Pro Ecclesia et Pontifice a D. Angel Galindo García, Vicario General de la Diócesis en la Sede de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.
- Día 13. Entrevista en Trece Televisión. Visitas en el Obispado.
- Día 14. Participación en la Jornada de formación y trabajo en el marco de las Semanas Sociales en la Casa de Espiritualidad. Confirmaciones en la parroquia de San Lorenzo.
- Día 15. Encuentro de Obispos y las Juntas de Cofradías en Valladolid. Confirmaciones en Garcillán.
- Día 16. Confirmaciones en la parroquia de Abades.
- Día 18. Consejo de Gobierno.
- Día 19. Visitas en el Obispado. Funeral por una Hermana Clarisa del Monasterio de Corpus Christi en Segovia.
- Día 20. Eucaristía en el Monasterio de Santo Domingo el Real.
- Día 21. Visitas en el Obispado.
- Día 22. Eucaristía en el Monasterio de Santo Domingo el Real.
- Día 26. Visitas en el Obispado. Eucaristía por la fiesta de San José María Escrivá de Balaguer en la parroquia de San Miguel.
- Día 27. Consejo de Gobierno. Reunión del Patronato de la Fundación Nuestra Señora de la Misericordia.
- Día 28. Visitas en el Obispado.
- Día 29. Aniversario Ordenación Episcopal de D. César. Ordenación sacerdotal de Alberto Janusz en la Catedral.

II. CANCELLERÍA - SECRETARÍA GENERAL

SAGRADAS ÓRDENES

El Excmo. y Rvdo. Mons. César Augusto Franco Martínez ha conferido el Sagrado Orden del Presbiterado en la Santa Iglesia Catedral de Segovia, el día 29 de junio de 2024, al Rvdo. Alberto-Janusz Kasprzyhowski Esteban, de esta Diócesis.



NOMBRAMIENTOS

El Excmo. y Rvdo. Mons. César Augusto Franco Martínez se ha dignado hacer los siguientes nombramientos:

22 de mayo de 2024.

Don Rodrigue Nkoy Nto. Capellán del Hospital General a tiempo completo. Ad nutum.

19 de junio de 2024.

Don Ángel García Rivilla. Capellán de la Santa Iglesia Catedral Ad nutum.

Don Rafael de Arcos Extremera. Renovado Canónigo y responsable de personal.

Don Fernando Mateo González. Canónigo de la Santa Iglesia Catedral por tiempo indefinido. Colaborador con el Prefecto de Liturgia.

Don Juan Cruz Arnanz Cuesta. Canónigo de la Santa Iglesia Catedral por tiempo indefinido. Colaborador en los medios de comunicación social y relaciones sociales del Cabildo.

21 de junio de 2024.

Don Fernando Mateo González. Párroco de Nuestra Señora del Carmen y San Frutos, de Segovia. Seis años.

Don Jaime Izquierdo Martín. Asus actuales parroquias de Sepúlveda, Aldehuelas de Sepúlveda, Castrillo de Sepúlveda, Duratón, Hinojosas del Cerro, Ermita de San Frutos, Sotillo de Sepúlveda, Urueñas, Villar de Sobrepeña, Villaseca, Navares de Enmedio, Navares de Ayuso, Navares de las Cuevas, Barbolla, Aldeonte, El Olmo y El Olmillo, se le añaden las parroquias de Castrojimeno, Castroserracín, Aldeanueva de la Serrezuela y Valle de Tabladillo.

Don Félicien Malanza Munganga. Administrador parroquial de Torrecaballeros, Basardilla, Santo Domingo de Pirón, Brieva y Tenzuela.

Don Henri Tshipamba Mukula. Administrador parroquial de Sacramenia, Fuentesoto, Fuentidueña, Valtiendas, Caserío de San José, Pecharromán, El Vivar de Fuentidueña, Castro de Fuentidueña y Torreadrada.

Don Juan Casas Filiol de Raimond. Vicario parroquial de Bernardos, Migueláñez, Miguel Ibáñez, Domingo García, Armuña, Añe, Coca, Villeguillo, Villagonzalo de Coca, Ciruelos de Coca, Fuente de Santa Cruz, Santa María la Real de Nieva, Tabladillo, Pascuales, Ortigosa de Pestaño, Pinilla Ambroz, Villoslada, Balisa, Ochando y Nieva.

Don Antoine Lolengola Oyema. Vicario parroquial de La Lastrilla, El Sotillo, Espirido, Tizneros, La Higuera, Bernuy de Porreros, La Mata de Quintanar y Cabañas de Polendos.

Don Alalin-Muswale Mwinkiew Tshdiany. Vicario Parroquial de El Cristo del Mercado y Santa Teresa de Jesús.

Don José Gilmer Torres. Administrador parroquial de Sanchonuño, Gomezserracín, Pinarejos, Vallelado, San Cristóbal de Cuéllar, Mata de Cuéllar, Torregutiérrez y Colaborador en el Santuario de El Henar.

Don Romanus Sangkur. Vicario parroquial de de Sanchonuño, Gomezserracín, Pinarejos, Vallelado, San Cristó-

bal de Cuéllar, Mata de Cuéllar, Torregutiérrez y Colaborador en el Santuario de El Henar.

Don Wilinton Robles Vargas. Vicario parroquial de Sepúlveda, Aldehuelas de Sepúlveda, Castrillo de Sepúlveda, Duratón, Hinojosas del Cerro, Ermita de San Frutos, Sotillo de Sepúlveda, Urueñas, Villar de Sobrepeña, Villaseca, Navares de Enmedio, Navares de Ayuso, Navares de las Cuevas, Barbolla, Aldeonte, El Olmo, El Olmillo, Castrojimenó, Castroserracín, Aldeanueva de la Serrezuela y Valle de Tabladillo.

Don Kossonou Simon Pierre Adingra. Adscrito a la parroquia de San Millán. Capellán de las Residencias de El Sotillo de Cáritas, Mixta y Asistida. Capellán del Hospital de la Misericordia y Capellán del Cementerio

Alfonso M^a Frechel Merino.
Canciller – Secretario General

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE

Spes non confundit

BULA DE CONVOCACIÓN DEL JUBILEO ORDINARIO DEL AÑO 2025

FRANCISCO

Obispo de Roma, Siervo de los Siervos de Dios
a cuantos lean esta carta la esperanza les colme el corazón.

1. «*Spes non confundit*», «la esperanza no defrauda» (*Rm 5,5*). Bajo el signo de la esperanza el apóstol Pablo infundía aliento a la comunidad cristiana de Roma. La esperanza también constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años. Pienso en todos los *peregrinos de esperanza* que llegarán a Roma para vivir el Año Santo y en cuantos, no pudiendo venir a la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo, lo celebrarán en las Iglesias particulares. Que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación (cf. *Jn 10,7.9*); con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como «nuestra esperanza» (*1 Tm 1,1*).

Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus

razones. Dejémonos conducir por lo que el apóstol Pablo escribió precisamente a los cristianos de Roma.

Una Palabra de esperanza

2. «Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. [...] Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (R 5,1-2.5). Los puntos de reflexión que aquí nos propone san Pablo son múltiples. Sabemos que la Carta a los Romanos marca un paso decisivo en su actividad de evangelización. Hasta ese momento la había realizado en el área oriental del Imperio y ahora lo espera Roma, con todo lo que esta representa a los ojos del mundo: un gran desafío, que debe afrontar en nombre del anuncio del Evangelio, el cual no conoce barreras ni confines. La Iglesia de Roma no había sido fundada por Pablo, pero él sentía vivo el deseo de llegar allí pronto para llevar a todos el Evangelio de Jesucristo, muerto y resucitado, como anuncio de la esperanza que realiza las promesas, conduce a la gloria y, fundamentada en el amor, no defrauda.

3. La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida» (Rm 5,10). Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe, que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo.

En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la

luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm* 8,35.37-39). He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar». [1]

4. San Pablo es muy realista. Sabe que la vida está hecha de alegrías y dolores, que el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento. Con todo, escribe: «Más aún, nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza» (*Rm* 5,3-4). Para el Apóstol, la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de los que anuncian el Evangelio en contextos de incompreensión y de persecución (cf. *2 Co* 6,3-10). Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo. Y eso lleva a desarrollar una virtud estrechamente relacionada con la esperanza: la *paciencia*. Estamos acostumbrados a quererlo todo y de inmediato, en un mundo donde la prisa se ha convertido en una cons-

tante. Ya no se tiene tiempo para encontrarse, y a menudo incluso en las familias se vuelve difícil reunirse y conversar con tranquilidad. La paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón.

Asimismo, en la era del *internet*, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el “aquí y ahora”, la paciencia resulta extraña. Si aun fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia. Aguardar el alternarse de las estaciones con sus frutos; observar la vida de los animales y los ciclos de su desarrollo; tener los ojos sencillos de san Francisco que, en su *Cántico de las criaturas*, escrito hace 800 años, veía la creación como una gran familia y llamaba al sol “hermano” y a la luna “hermana” [2]. Redescubrir la paciencia hace mucho bien a uno mismo y a los demás. San Pablo recurre frecuentemente a la paciencia para subrayar la importancia de la perseverancia y de la confianza en aquello que Dios nos ha prometido, pero sobre todo testimonia que Dios es paciente con nosotros, porque es «el Dios de la constancia y del consuelo» (*Rm 15,5*). La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida. Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene.

Un camino de esperanza

5. Este entretejido de esperanza y paciencia muestra claramente cómo la vida cristiana es *un camino*, que también necesita *momentos fuertes* para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús. Me agrada pensar que fue justamente un itinerario de gracia, animado por la espiritualidad popular, el que precedió la convocación del primer Jubileo en el año 1300. De hecho, no podemos

olvidar las distintas formas por medio de las cuales la gracia del perdón ha sido derramada con abundancia sobre el santo Pueblo fiel de Dios. Recordemos, por ejemplo, el gran “perdón” que san Celestino V quiso conceder a cuantos se dirigían a la Basílica Santa María de Collemaggio, en L’Aquila, durante los días 28 y 29 de agosto de 1294, seis años antes de que el Papa Bonifacio VIII instituyese el Año Santo. Así pues, la Iglesia ya experimentaba la gracia jubilar de la misericordia. E incluso antes, en el año 1216, el Papa Honorio III había acogido la súplica de san Francisco que pedía la indulgencia para cuantos fuesen a visitar la Porciúncula durante los dos primeros días de agosto. Lo mismo se puede afirmar para la peregrinación a Santiago de Compostela; en efecto, el Papa Calixto II, en 1122, concedió que se celebrara el Jubileo en ese Santuario cada vez que la fiesta del apóstol Santiago coincidiese con el domingo. Es bueno que esa modalidad “extendida” de celebraciones jubilares continúe, de manera que la fuerza del perdón de Dios sostenga y acompañe el camino de las comunidades y de las personas.

No es casual que *la peregrinación* exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar. Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. También el año próximo los *peregrinos de esperanza* recorrerán caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar. Además, en la misma ciudad de Roma habrá otros itinerarios de fe que se añadirán a los ya tradicionales de las catacumbas y las siete iglesias. Transitar de un país a otro, como si se superaran las fronteras, pasar de una ciudad a la otra en la contemplación de la creación y de las obras de arte permitirá atesorar experiencias y culturas diferentes, para conservar dentro de sí la belleza que, armonizada por la oración, conduce a agradecer a Dios por las maravillas que Él realiza. Las iglesias jubilares, a lo largo de los itinerarios y en la misma Urbe, podrán ser oasis

de espiritualidad en los cuales revitalizar el camino de la fe y beber de los manantiales de la esperanza, sobre todo acercándose al sacramento de la Reconciliación, punto de partida insustituible para un verdadero camino de conversión. Que en las Iglesias particulares se cuide de modo especial la preparación de los sacerdotes y de los fieles para las confesiones y el acceso al sacramento en su forma individual.

A los fieles de las Iglesias orientales, en especial a aquellos que ya están en plena comunión con el Sucesor de Pedro, quiero dirigir una invitación particular a esta peregrinación. Ellos, que han sufrido tanto por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, muchas veces hasta la muerte, deben sentirse especialmente bienvenidos a esta Roma que es Madre también para ellos y que custodia tantas memorias de su presencia. La Iglesia católica, que está enriquecida por sus antiquísimas liturgias, por la teología y la espiritualidad de los Padres, monjes y teólogos, quiere expresar simbólicamente la acogida a ellos y a sus hermanos y hermanas ortodoxos, en una época en la que ya están viviendo la peregrinación del Vía crucis; con la que frecuentemente son obligados a dejar sus tierras de origen, sus tierras santas, de las que la violencia y la inestabilidad los expulsan hacia países más seguros. Para ellos la experiencia de ser amados por la Iglesia — que no los abandonará, sino que los seguirá adondequiera que vayan — hace todavía más fuerte el signo del Jubileo.

6. El Año Santo 2025 está en continuidad con los acontecimientos de gracia precedentes. En el último Jubileo ordinario se cruzó el umbral de los dos mil años del nacimiento de Jesucristo. Luego, el 13 de marzo de 2015, convoqué un Jubileo extraordinario con la finalidad de manifestar y facilitar el encuentro con el “Rostro de la misericordia” de Dios [3], anuncio central del Evangelio para todas las personas de todos los tiempos. Ahora ha llegado el momento de un nuevo Jubileo, para abrir de par en par la Puerta Santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios, que suscita en el corazón la esperanza cierta de la salva-

ción en Cristo. Al mismo tiempo, este Año Santo orientará el camino hacia otro aniversario fundamental para todos los cristianos: en el 2033 se celebrarán los dos mil años de la Redención realizada por medio de la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesús. Nos encontramos así frente a un itinerario marcado por grandes etapas, en las que la gracia de Dios precede y acompaña al pueblo que camina entusiasta en la fe, diligente en la caridad y perseverante en la esperanza (cf. 1 Ts 1,3).

Apoyado en esta larga tradición y con la certeza de que este Año jubilar será para toda la Iglesia una intensa experiencia de gracia y de esperanza, dispongo que la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, se abra a partir del 24 de diciembre del corriente año 2024, dando inicio así al Jubileo ordinario. El domingo sucesivo, 29 de diciembre de 2024, abriré la Puerta Santa de la Catedral de San Juan de Letrán, que el 9 de noviembre de este año celebrará los 1700 años de su dedicación. A continuación, el 1 de enero de 2025, solemnidad de Santa María, Madre de Dios, se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de Santa María la Mayor. Y, por último, el domingo 5 de enero se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pablo extramuros. Estas últimas tres Puertas Santas se cerrarán el domingo 28 de diciembre del mismo año.

Establezco además que el domingo 29 de diciembre de 2024, en todas las catedrales y concatedrales, los obispos diocesanos celebren la Eucaristía como apertura solemne del Año jubilar, según el Ritual que se preparará para la ocasión. En el caso de la celebración en una iglesia concatedral el obispo podrá ser sustituido por un delegado designado expresamente para ello. Que la peregrinación desde una iglesia elegida para la *collectio*, hacia la catedral, sea el signo del camino de esperanza que, iluminado por la Palabra de Dios, une a los creyentes. Que en ella se lean algunos pasajes del presente Documento y se anuncie al pueblo la indulgencia jubilar, que podrá obtenerse según las prescripciones contenidas en el mismo Ritual para la

celebración del Jubileo en las Iglesias particulares. Durante el Año Santo, que en las Iglesias particulares finalizará el domingo 28 de diciembre de 2025, ha de procurarse que el Pueblo de Dios acoja, con plena participación, tanto el anuncio de esperanza de la gracia de Dios como los signos que atestiguan su eficacia.

El Jubileo ordinario se clausurará con el cierre de la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pedro en el Vaticano el 6 de enero de 2026, Epifanía del Señor. Que la luz de la esperanza cristiana pueda llegar a todas las personas, como mensaje del amor de Dios que se dirige a todos. Y que la Iglesia sea testigo fiel de este anuncio en todas partes del mundo.

Signos de esperanza

7. Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los *signos de los tiempos* que el Señor nos ofrece. Como afirma el Concilio Vaticano II, «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas». [4] Por ello, es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza.

8. Que el primer signo de esperanza se traduzca en *paz* para el mundo, el cual vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la *guerra*. La humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por

la brutalidad de la violencia. ¿Qué más les queda a estos pueblos que no hayan sufrido ya? ¿Cómo es posible que su grito desesperado de auxilio no impulse a los responsables de las Naciones a querer poner fin a los numerosos conflictos regionales, conscientes de las consecuencias que puedan derivarse a nivel mundial? ¿Es demasiado soñar que las armas callen y dejen de causar destrucción y muerte? Dejemos que el Jubileo nos recuerde que los que «trabajan por la paz» podrán ser «llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). La exigencia de paz nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos. Que no falte el compromiso de la diplomacia por construir con valentía y creatividad espacios de negociación orientados a una paz duradera.

9. Mirar el futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás. Sin embargo, debemos constatar con tristeza que en muchas situaciones falta esta perspectiva. La primera consecuencia de ello es la *pérdida del deseo de transmitir la vida*. A causa de los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tutelas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones, se asiste en varios países a una preocupante *disminución de la natalidad*. Por el contrario, en otros contextos, «culpar al aumento de la población y no al consumismo extremo y selectivo de algunos es un modo de no enfrentar los problemas». [5]

La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor. Es urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de las comunidades creyentes y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque *el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas*, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda

sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza.

La comunidad cristiana, por tanto, no se puede quedar atrás en su apoyo a la necesidad de *una alianza social para la esperanza*, que sea inclusiva y no ideológica, y que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas que vendrán a llenar las tantas cunas vacías que ya hay en numerosas partes del mundo. Pero todos, en realidad, necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn 1,26*), no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes.

10. En el Año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria. Pienso en los *presos* que, privados de la libertad, experimentan cada día — además de la dureza de la reclusión — el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto. Propongo a los gobiernos del mundo que en el Año del Jubileo se asuman iniciativas que devuelvan la esperanza; formas de amnistía o de condonación de la pena orientadas a ayudar a las personas para que recuperen la confianza en sí mismas y en la sociedad; itinerarios de reinserción en la comunidad a los que corresponda un compromiso concreto en la observancia de las leyes.

Es una exhortación antigua, que surge de la Palabra de Dios y permanece con todo su valor sapiencial cuando se convoca a tener actos de clemencia y de liberación que permitan volver a empezar: «Así santificarán el quincuagésimo año, y proclamarán una liberación para todos los habitantes del país» (*Lv 25,10*). El profeta Isaías retoma lo establecido por la Ley mosaica: el Señor «me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heri-

dos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor» (Is 61,1-2). Estas son las palabras que Jesús hizo suyas al comienzo de su ministerio, declarando que él mismo era el cumplimiento del “año de gracia del Señor” (cf. Lc 4,18-19). Que en cada rincón de la tierra, los creyentes, especialmente los pastores, se hagan intérpretes de tales peticiones, formando una sola voz que reclame con valentía condiciones dignas para los reclusos, respeto de los derechos humanos y sobre todo la abolición de la pena de muerte, recurso que para la fe cristiana es inadmisibles y aniquila toda esperanza de perdón y de renovación. [6] Para ofrecer a los presos un signo concreto de cercanía, deseo abrir yo mismo una Puerta Santa en una cárcel, a fin de que sea para ellos un símbolo que invita a mirar al futuro con esperanza y con un renovado compromiso de vida.

11. Que se ofrezcan signos de esperanza a los *enfermos* que están en sus casas o en los hospitales. Que sus sufrimientos puedan ser aliviados con la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben. Las obras de misericordia son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud. Que esa gratitud llegue también a todos los agentes sanitarios que, en condiciones no pocas veces difíciles, ejercitan su misión con cuidado solícito hacia las personas enfermas y más frágiles.

Que no falte una atención inclusiva hacia cuantos hallándose en condiciones de vida particularmente difíciles experimentan la propia debilidad, especialmente a los afectados por patologías o discapacidades que limitan notablemente la autonomía personal. Cuidar de ellos es un himno a la dignidad humana, un canto de esperanza que requiere acciones concertadas por toda la sociedad.

12. También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los *jóvenes*. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se funda-

menta el porvenir. Es hermoso verlos liberar energías, por ejemplo, cuando se entregan con tesón y se comprometen voluntariamente en las situaciones de catástrofe o de inestabilidad social. Sin embargo, resulta triste ver jóvenes sin esperanza. Por otra parte, cuando el futuro se vuelve incierto e impermeable a los sueños; cuando los estudios no ofrecen oportunidades y la falta de trabajo o de una ocupación suficientemente estable amenazan con destruir los deseos, entonces es inevitable que el presente se viva en la melancolía y el aburrimiento. La ilusión de las drogas, el riesgo de caer en la delincuencia y la búsqueda de lo efímero crean en ellos, más que en otros, confusión y oscurecen la belleza y el sentido de la vida, abatiéndolos en abismos oscuros e induciéndolos a cometer gestos autodestructivos. Por eso, que el Jubileo sea en la Iglesia una ocasión para estimularlos. Ocupémonos con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones. ¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!

13. No pueden faltar signos de esperanza hacia los *migrantes*, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que a los numerosos *exiliados, desplazados y refugiados*, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social.

Que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Que resuene en nuestros corazones la Palabra del Señor que, en la parábola del juicio final, dijo: «estaba de paso, y me aloja-

ron», porque «cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,35.40).

14. Signos de esperanza merecen los *ancianos*, que a menudo experimentan soledad y sentimientos de abandono. Valorar el tesoro que son, sus experiencias de vida, la sabiduría que tienen y el aporte que son capaces de ofrecer, es un compromiso para la comunidad cristiana y para la sociedad civil, llamadas a trabajar juntas por la alianza entre las generaciones.

Dirijo un recuerdo particular a los *abuelos y a las abuelas*, que representan la transmisión de la fe y la sabiduría de la vida a las generaciones más jóvenes. Que sean sostenidos por la gratitud de los hijos y el amor de los nietos, que encuentran en ellos arraigo, comprensión y aliento.

15. Imploro, de manera apremiante, esperanza para los millares de *pobres*, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir. Frente a la sucesión de oleadas de pobreza siempre nuevas, existe el riesgo de acostumbrarse y resignarse. Pero no podemos apartar la mirada de situaciones tan dramáticas, que hoy se constatan en todas partes y no sólo en determinadas zonas del mundo. Encontramos cada día personas pobres o empobrecidas que a veces pueden ser nuestros vecinos. A menudo no tienen una vivienda, ni la comida suficiente para cada jornada. Sufren la exclusión y la indiferencia de muchos. Es escandaloso que, en un mundo dotado de enormes recursos, destinados en gran parte a los armamentos, los pobres sean «la mayor parte [...], miles de millones de personas. Hoy están presentes en los debates políticos y económicos internacionales, pero frecuentemente parece que sus problemas se plantean como un apéndice, como una cuestión que se añade casi por obligación o de manera periférica, si es que no se los considera un mero daño colateral. De hecho, a la hora de la actuación concreta, quedan frecuentemente en el último lugar». [7] No lo olvidemos: los pobres, casi siempre, son víctimas, no culpables.

Llamamientos a la esperanza

16. Haciendo eco a la palabra antigua de los profetas, el Jubileo nos recuerda que *los bienes de la tierra* no están destinados a unos pocos privilegiados, sino a todos. Es necesario que cuantos poseen riquezas sean generosos, reconociendo el rostro de los hermanos que pasan necesidad. Pienso de modo particular en aquellos que carecen de agua y de alimento. El hambre es un flagelo escandaloso en el cuerpo de nuestra humanidad y nos invita a todos a sentir remordimiento de conciencia. Renuevo el llamamiento a fin de que «con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares, constituyamos un Fondo mundial, para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres, de tal modo que sus habitantes no acudan a soluciones violentas o engañosas ni necesiten abandonar sus países para buscar una vida más digna». [8]

Hay otra invitación apremiante que deseo dirigir en vista del Año jubilar; va dirigida a las naciones más ricas, para que reconozcan la gravedad de tantas decisiones tomadas y determinen *condonar las deudas* de los países que nunca podrán saldarlas. Antes que tratarse de magnanimidad es una cuestión de justicia, agravada hoy por una nueva forma de iniquidad de la que hemos tomado conciencia: «Porque hay una verdadera “deuda ecológica”, particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países». [9] Como enseña la Sagrada Escritura, la tierra pertenece a Dios y todos nosotros habitamos en ella como «extranjeros y huéspedes» (*Lv* 25,23). Si verdaderamente queremos preparar en el mundo el camino de la paz, esforcémonos por remediar las causas que originan las injusticias, cancelemos las deudas injustas e insolutas y saciemos a los hambrientos.

17. Durante el próximo Jubileo se conmemorará un aniversario muy significativo para todos los cristianos. Se

cumplirán, en efecto, *1700 años de la celebración del primer gran Concilio ecuménico de Nicea*. Conviene recordar que, desde los tiempos apostólicos, los pastores se han reunido en asambleas en diversas ocasiones con el fin de tratar temáticas doctrinales y cuestiones disciplinarias. En los primeros siglos de la fe los sínodos se multiplicaron tanto en el Oriente como en el Occidente cristianos, mostrando cuánto fuese importante custodiar la unidad del Pueblo de Dios y el anuncio fiel del Evangelio. El Año jubilar podrá ser una oportunidad significativa para dar concreción a esta forma sinodal, que la comunidad cristiana advierte hoy como expresión cada vez más necesaria para corresponder mejor a la urgencia de la evangelización: que todos los bautizados, cada uno con su propio carisma y ministerio, sean responsables, para que por la multiplicidad de signos de esperanza testimonien la presencia de Dios en el mundo.

El Concilio de Nicea tuvo la tarea de preservar la unidad, seriamente amenazada por la negación de la plena divinidad de Jesucristo y de su misma naturaleza con el Padre. Estuvieron presentes alrededor de trescientos obispos, que se reunieron en el palacio imperial el 20 de mayo del año 325, convocados por iniciativa del emperador Constantino. Después de diversos debates, todos ellos, movidos por la gracia del Espíritu, se identificaron en el Símbolo de la fe que todavía hoy profesamos en la Celebración eucarística dominical. Los padres conciliares quisieron comenzar ese Símbolo utilizando por primera vez la expresión «Creemos» [10], como testimonio de que en ese “nosotros” todas las Iglesias se reconocían en comunión, y todos los cristianos profesaban la misma fe.

El Concilio de Nicea marcó un hito en la historia de la Iglesia. La conmemoración de esa fecha invita a los cristianos a unirse en la alabanza y el agradecimiento a la Santísima Trinidad y en particular a Jesucristo, el Hijo de Dios, «de la misma naturaleza del Padre» [11], que nos ha revelado semejante misterio de amor. Pero Nicea también representa una invitación a todas las Iglesias y comunidades

eclesiales a seguir avanzando en el camino hacia la unidad visible, a no cansarse de buscar formas adecuadas para corresponder plenamente a la oración de Jesús: «Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (*Jn 17,21*).

En el Concilio de Nicea se trató además el tema de la fecha de la Pascua. A este respecto, todavía hoy existen diferentes posturas, que impiden celebrar el mismo día el acontecimiento fundamental de la fe. Por una circunstancia providencial, esto tendrá lugar precisamente en el Año 2025. Que este acontecimiento sea una llamada para todos los cristianos de Oriente y de Occidente a realizar un paso decisivo hacia la unidad en torno a una fecha común para la Pascua. Muchos, es bueno recordarlo, ya no tienen conocimiento de las disputas del pasado y no comprenden cómo puedan subsistir divisiones al respecto.

Anclados en la esperanza

18. La esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las “virtudes teologales”, que expresan la esencia de la vida cristiana (cf. *1 Co 13,13*; *1 Ts 1,3*). En su dinamismo inseparable, la esperanza es la que, por así decirlo, señala la orientación, indica la dirección y la finalidad de la existencia cristiana. Por eso el apóstol Pablo nos invita a “alegrarnos en la esperanza, a ser pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración” (cf. *Rm 12,12*). Sí, necesitamos que “sobreabunde la esperanza” (cf. *Rm 15,13*) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta; para que cada uno sea capaz de dar aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe. Pero, ¿cuál es el fundamento de nuestra espera? Para com-

prenderlo es bueno que nos detengamos en las razones de nuestra esperanza (cf. 1 P 3,15).

19. «Creo en la *vida eterna*» [12]: así lo profesa nuestra fe y la esperanza cristiana encuentra en estas palabras una base fundamental. La esperanza, en efecto, «es la virtud teologal por la que aspiramos [...] a la vida eterna como felicidad nuestra». [13] El Concilio Ecuménico Vaticano II afirma: «Cuando [...] faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas — es lo que hoy con frecuencia sucede —, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación». [14] Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

20. Jesús muerto y resucitado es el centro de nuestra fe. San Pablo, al enunciar en pocas palabras este contenido — utiliza sólo cuatro verbos —, nos transmite el “núcleo” de nuestra esperanza: «Les he trasmitido en primer lugar, lo que yo mismo recibí: Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la Escritura. Se apareció a Pedro y después a los Doce» (1 Co 15,3-5). Cristo *murió, fue sepultado, resucitó, se apareció*. Por nosotros atravesó el drama de la muerte. El amor del Padre lo resucitó con la fuerza del Espíritu, haciendo de su humanidad la primicia de la eternidad para nuestra salvación. La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, «la vida

no termina, sino que se transforma» [15] para siempre. En el Bautismo, en efecto, sepultados con Cristo, recibimos en Él resucitado el don de una vida nueva, que derriba el muro de la muerte, haciendo de ella un pasaje hacia la eternidad.

Y si bien, frente a la *muerte* —dolorosa separación que nos obliga a dejar a nuestros seres más queridos— no cabe discurso alguno, el Jubileo nos ofrecerá la oportunidad de redescubrir, con inmensa gratitud, el don de esa vida nueva recibida en el Bautismo, capaz de transfigurar su dramaticidad. En el contexto jubilar, es significativo reflexionar sobre cómo se ha comprendido este misterio desde los primeros siglos de nuestra fe. Por ejemplo, los cristianos, durante mucho tiempo construyeron la pila bautismal de forma octogonal, y todavía hoy podemos admirar muchos bautisterios antiguos que conservan dicha forma, como en San Juan de Letrán en Roma. Esto indica que en la fuente bautismal se inaugura el octavo día, es decir, el de la resurrección, el día que va más allá del tiempo habitual, marcado por la sucesión de las semanas, abriendo así el ciclo del tiempo a la dimensión de la eternidad, a la vida que dura para siempre. Esta es la meta a la que tendemos en nuestra peregrinación terrena (cf. *Rm* 6,22).

El testimonio más convincente de esta esperanza nos lo ofrecen los *mártires*, que, firmes en la fe en Cristo resucitado, supieron renunciar a la vida terrena con tal de no traicionar a su Señor. Ellos están presentes en todas las épocas y son numerosos, quizás más que nunca en nuestros días, como confesores de la vida que no tiene fin. Necesitamos conservar su testimonio para hacer fecunda nuestra esperanza.

Estos mártires, pertenecientes a las diversas tradiciones cristianas, son también semillas de unidad porque expresan el ecumenismo de la sangre. Durante el Jubileo, por lo tanto, mi vivo deseo es que haya una celebración ecuménica donde se ponga de manifiesto la riqueza del testimonio de estos mártires.

21. ¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús,

que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. Lo que ahora vivimos en la esperanza, después lo veremos en la realidad. San Agustín escribía al respecto: «Cuando me haya unido a Ti con todo mi ser, nada será para mí dolor ni pena. Será verdadera vida mi vida, llena de Ti». [16] ¿Qué caracteriza, por tanto, esta comunión plena? El ser felices. *La felicidad* es la vocación del ser humano, una meta que atañe a todos.

Pero, ¿qué es la felicidad? ¿Qué felicidad esperamos y deseamos? No se trata de una alegría pasajera, de una satisfacción efímera que, una vez alcanzada, sigue pidiendo siempre más, en una espiral de avidez donde el espíritu humano nunca está satisfecho, sino que más bien siempre está más vacío. Necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en aquello que nos plenifica, es decir, en el amor, para poder exclamar, ya desde ahora: Soy amado, luego existo; y existiré por siempre en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás. Recordemos una vez más las palabras del Apóstol: «Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm* 8,38-39).

22. Otra realidad vinculada con la vida eterna es el *juicio de Dios*, que tiene lugar tanto al culminar nuestra existencia terrena como al final de los tiempos. Con frecuencia, el arte ha intentado representarlo — pensemos en la obra maestra de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina— acogiendo la concepción teológica de su tiempo y transmitiendo a quien observa un sentimiento de temor. Aunque es justo disponernos con gran conciencia y seriedad al momento que recapitula la existencia, al mismo tiempo es necesario hacerlo siempre desde la dimensión de la esperanza, virtud teológica que sostiene la vida y hace posible que no caigamos en el miedo. El juicio de Dios, que es amor (cf. *1 Jn* 4,8.16), no podrá basarse más que en el amor, de manera especial

en cómo lo hayamos ejercitado respecto a los más necesitados, en los que Cristo, el mismo Juez, está presente (cf. Mt 25,31-46). Se trata, por lo tanto, de un juicio diferente al de los hombres y los tribunales terrenales; debe entenderse como una relación en la verdad con Dios amor y con uno mismo en el corazón del misterio insondable de la misericordia divina. En este sentido, la Sagrada Escritura afirma: «Tú enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser amigo de los hombres y colmaste a tus hijos de una feliz esperanza, porque, después del pecado, das lugar al arrepentimiento [...] y, al ser juzgados, contamos con tu misericordia» (Sb 12,19.22). Como escribía Benedicto XVI, «en el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría». [17]

El Juicio, entonces, se refiere a la salvación que esperamos y que Jesús nos ha obtenido con su muerte y resurrección. Por lo tanto, está dirigido a abrirnos al encuentro definitivo con Él. Y dado que no es posible pensar en ese contexto que el mal realizado quede escondido, este necesita ser *purificado*, para permitirnos el paso definitivo al amor de Dios. Se comprende en este sentido la necesidad de rezar por quienes han finalizado su camino terreno; solidarizándose en la intercesión orante que encuentra su propia eficacia en la comunión de los santos, en el vínculo común que nos une con Cristo, primogénito de la creación. De esta manera la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia.

23. La *indulgencia*, en efecto, permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites.

El *sacramento de la Penitencia* nos asegura que Dios quita nuestros pecados. Resuenan con su carga de consuelo las

palabras del Salmo: «Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de amor y de ternura. [...] El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; [...] no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas. Cuanto se alza el cielo sobre la tierra, así de inmenso es su amor por los que lo temen; cuanto dista el oriente del occidente, así aparta de nosotros nuestros pecados» (*Sal* 103,3-4.8.10-12). La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él (cf. *2 Co* 5,20), experimentando su perdón. Por eso, no renunciemos a la Confesión, sino redescubramos la belleza del sacramento de la sanación y la alegría, la belleza del perdón de los pecados.

Sin embargo, como sabemos por experiencia personal, el pecado “deja huella”, lleva consigo unas consecuencias; no sólo exteriores, en cuanto consecuencias del mal cometido, sino también interiores, en cuanto «todo pecado, incluso venial, entraña apego desordenado a las criaturas que es necesario purificar, sea aquí abajo, sea después de la muerte, en el estado que se llama Purgatorio». [18] Por lo tanto, en nuestra humanidad débil y atraída por el mal, permanecen los “efectos residuales del pecado”. Estos son removidos por la indulgencia, siempre por la gracia de Cristo, el cual, como escribió san Pablo VI, es «nuestra “indulgencia”». [19] La Penitenciaría Apostólica se encargará de emanar las disposiciones para poder obtener y hacer efectiva la práctica de la indulgencia jubilar.

Esa experiencia colma de perdón no puede sino abrir el corazón y la mente a *perdonar*. Perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de

una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.

Durante el último Jubileo extraordinario instituí los *Misioneros de la Misericordia*, que siguen realizando una misión importante. Que durante el próximo Jubileo también ejerciten su ministerio, devolviendo la esperanza y perdonando cada vez que un pecador se dirige a ellos con corazón abierto y espíritu arrepentido. Que sigan siendo instrumentos de reconciliación y ayuden a mirar el futuro con la esperanza del corazón que proviene de la misericordia del Padre. Quisiera que los obispos aprovecharan su valioso servicio, enviándolos especialmente allí donde la esperanza se pone a dura prueba, como las cárceles, los hospitales y los lugares donde la dignidad de la persona es pisoteada; en las situaciones más precarias y en los contextos de mayor degradación, para que nadie se vea privado de la posibilidad de recibir el perdón y el consuelo de Dios.

24. La esperanza encuentra en la *Madre de Dios* su testimonio más alto. En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida. Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el templo: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón». (Lc 2,34-35). Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su “sí”, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor. De ese modo ella cooperaba por nosotros en el cumplimiento de lo que había dicho su Hijo, anunciando que «debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días» (Mc 8,31), y en el tormento de ese dolor ofrecido por amor se conver-

tía en nuestra Madre, Madre de la esperanza. No es casual que la piedad popular siga invocando a la Santísima Virgen como *Stella maris*, un título expresivo de la esperanza cierta de que, en los borrascosos acontecimientos de la vida, la Madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando.

A este respecto, me es grato recordar que el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en la Ciudad de México se está preparando para celebrar, en el 2031, los 500 años de la primera aparición de la Virgen. Por medio de Juan Diego, la Madre de Dios hacía llegar un revolucionario mensaje de esperanza que aún hoy repite a todos los peregrinos y a los fieles: «¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu madre?». [20] Un mensaje similar se graba en los corazones en tantos santuarios marianos esparcidos por el mundo, metas de numerosos peregrinos, que confían a la Madre de Dios sus preocupaciones, sus dolores y sus esperanzas. Que en este Año jubilar los santuarios sean lugares santos de acogida y espacios privilegiados para generar esperanza. Invito a los peregrinos que vendrán a Roma a detenerse a rezar en los santuarios marianos de la ciudad para venerar a la Virgen María e invocar su protección. Confío en que todos, especialmente los que sufren y están atribulados, puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos; ella que para el santo Pueblo de Dios es «signo de esperanza cierta y de consuelo». [21]

25. Mientras nos acercamos al Jubileo, volvamos a la Sagrada Escritura y sintamos dirigidas a nosotros estas palabras: «Nosotros, los que acudimos a él, nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos es como *un ancla* del alma, *sólida y firme*, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor» (Hb 6,18-20). Es una invitación fuerte a no perder nunca la esperanza que nos ha sido dada, a abrazarla encontrando refugio en Dios.

La imagen del ancla es sugestiva para comprender la estabilidad y la seguridad que poseemos si nos encomendamos al Señor Jesús, aun en medio de las aguas agitadas de la vida. Las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo.

El próximo Jubileo, por tanto, será un Año Santo caracterizado por la esperanza que no declina, la esperanza en Dios. Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria —tanto en la Iglesia como en la sociedad— en los vínculos interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación. Que el testimonio creyente pueda ser en el mundo levadura de genuina esperanza, anuncio de cielos nuevos y tierra nueva (cf. 2 P 3,13), donde habite la justicia y la concordia entre los pueblos, orientados hacia el cumplimiento de la promesa del Señor.

Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (*Sal 27,14*). Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la alabanza y la gloria ahora y por los siglos futuros.

Dado en Roma, en San Juan de Letrán, el 9 de mayo, Solemnidad de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, del año 2024, duodécimo de Pontificado.

FRANCISCO

NOTAS

- [1] *Sermón* 198, 2.
- [2] Cf. *Fuentes Franciscanas*, n. 263, 6.10.
- [3] Cf. *Misericordiae Vultus, Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, nn. 1-3.
- [4] Const. past. *Gaudium et spes*, n. 4.
- [5] Carta enc. *Laudato si'*, n. 50.
- [6] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2267.
- [7] Carta enc. *Laudato si'*, n. 49.
- [8] Carta enc. *Fratelli tutti*, n. 262.
- [9] Carta enc. *Laudato si'*, n. 51.
- [10] *Símbolo niceno*: H. Denzinger – A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, n. 125.
- [11] *Ibíd.*
- [12] *Símbolo de los Apóstoles*: H. Denzinger – A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, n. 30.
- [13] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1817.
- [14] Const. past. *Gaudium et spes*, n. 21.
- [15] Misal Romano, *Prefacio de difuntos I*.
- [16] *Confesiones X*, 28.
- [17] Carta enc. *Spe salvi*, n. 47.
- [18] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1472.
- [19] Carta ap. *Apostolorum limina* (23 mayo 1974), II.
- [20] *Nican Mopohua*, n. 119.
- [21] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 68.

VARIOS

PREMIO DE POESÍA MÍSTICA AL SR. OBISPO

El poemario "Visiones", del nuestro obispo, Mons. César Augusto Franco Martínez, ha obtenido el XLIII Premio Mundial 'Fernando Rielo' de Poesía Mística, con una dotación de 7.000 €, la edición de la obra y una medalla conmemorativa. La obra ha sido seleccionada de entre 268 poemarios procedentes de 22 países. Mons. César Franco ha donado la dotación a Cáritas diocesana.

El acto de entrega del premio, presidido por el Rector de la Universidad Pontificia de Salamanca (UPSA), Santiago García-Jalón de la Lama, ha contado con la intervención del presidente de la Fundación Fernando Rielo y del Premio, Luis Casasús Latorre; el secretario Permanente del Premio, José María López Sevillano; el crítico literario y filólogo, David Gregory Murray; la escritora Isabel Bernardo Fernández, y el poeta Miguel de Santiago Rodríguez.

El presidente de la Fundación Fernando Rielo, P. Luis Casasús Latorre en su mensaje dirigido a todos los asistentes ha señalado que "este Premio nos ayuda a descubrir a los poetas místicos de hoy. Nuestra sociedad tiene necesidad del poeta místico; esa persona que tiene necesidad de elevar la experiencia de Dios a arte. La espiritualidad del futuro se apoyará en la experiencia de Dios y en la decisión personal". Además, ha recordado que "el centenario del nacimiento de Fernando Rielo nos ha dado la ocasión de evocar su paso por la Universidad en 1981, a través de su Cátedra Fray Luis de León".

Posteriormente, el crítico literario y filólogo David Gregory Murray, ha trasladado su gratitud a todos los que hacen posible que este Premio haya llegado a su edición número XLIII. "Quiero agradecer a los poetas que han presentado sus poemarios; sin ellos, esta trayectoria del Premio no hubiera sido posible". En su intervención, ha interpretado una entrevista que realizaron a Fernando Rielo donde destacó que "la poesía mística en ningún caso es reductiva, es visión universal y trascendental de la humanidad".

El poeta Miguel de Santiago Rodríguez ha concretado sobre el trabajo ganador que “toda poesía es comunicación entre el redactor y el lector. En el caso de hoy, se trata de la comunicación de la experiencia de lo sagrado. Es una poesía que refleja la fugacidad de la vida y la peregrinación del hombre hacia Dios. Nos lleva a la unión con Cristo y está anclada al misterio trinitario y a la Iglesia. Este libro tiene una serie de manifestaciones de Dios que están apoyadas en pasajes de la Sagrada Escritura”.

Una vez conocida la deliberación y el fallo del Jurado, el poeta ganador, Mons. César Franco Martínez, ha expresado el honor que supone recibir este Premio: “Lo acojo como una gracia más; me presenté por la insistencia de un amigo poeta. Yo no soy místico, soy cristiano y en estos poemas trato de la ayuda que la poesía lleva aneja a la vida. El título *-Visiones-* hace referencia a la percepción y contemplación. Se trata de lo que la fe me permite ver con los sentidos y he querido plasmar lo que veo y cómo lo veo desde la mirada de Dios”. Su intervención ha concluido señalando que parte de lo inmediato, camina por la observación y termina en la fe. “El libro ofrece visiones terrenales y celestes que ofrezco a los que, como yo, experimentan que la fe es, a la vez, clara y oscura”, ha explicado.

El Jurado ha concluido que en la obra *Visiones* “hay un sereno fluir en camino purificativo hacia la luz que Dios es. Esa luz puede ser la que peregrina con el poeta en su camino viador, o la que, proféticamente, confía alcanzar en el amanecer definitivo de la parusía:

*“No me dejes ser pasto de la nada,
polvo olvidado en el hondón del Hades,
mortal despojo del sepulcro cierto.
Hiéreme con tu amor, dime verdades,
y déjame la herida al descubierto
ungida con tu luz enamorada”.*

Por su parte, la escritora Isabel Bernardo Fernández ha expresado que “estamos ante un poemario profundamente creyente que recorre la vida de Jesús en siete apartados. El *Yo humano* y el *Yo espiritual* se hacen uno indisoluble, que llega a alcanzar en ocasiones un lenguaje infinito”. En este sentido, Bernardo ha señalado que “el poeta se expresa dentro de métrica del soneto o de la lira que sostienen el buen ritmo y traslada una vitalidad sorprendente y una estética admirable”.

El presidente de la Fundación Fernando Rielo, P. Luis Casasús Latorre, ha leído unas palabras del Gran Canciller de la Universidad, el obispo de Ciudad Rodrigo y de Salamanca, Mons. José Luis Retana Gozalo, quien valoró la permanencia de este premio mundial: “Quiero felicitar por la alta calidad de la obra de los finalistas. Nuestro reconocimiento a todos los concursantes por su esmero en intentar expresar a través de la poesía lo mejor de sí mismos. Felicito a César Franco por haberse hecho con el galardón a través de un libro lleno de fe y esperanza. La experiencia mística es un don que habla se sí mismo”. Además, ha destacado que “la poesía es comunicación y este poder comunicativo se resiste a que la poesía quede orillada”.

El Rector de la Universidad, Santiago García-Jalón de la Lama, expresó su satisfacción y gratitud por la elección de la UPSA como anfitriona de la entrega del premio por cuarta vez, tras las ediciones de 2014, 2019 y 2022, después de la creación de la Cátedra Fernando Rielo, que se inauguró el 27 de abril de 2013.

Esta Cátedra nació con el objeto de promover la investigación, la docencia y la difusión de cuanto contribuya al diálogo entre la fe y la cultura, en el marco de la nueva evangelización, teniendo en cuenta el pensamiento de Fernando Rielo. Especialmente, las áreas de la mística, antropología, sociología, psicología, ética, literatura y pedagogía. “Me gustaría recordar que esta Cátedra nace con el objeto de promover la investigación, la docencia y la difusión de cuanto contribuya al diálogo entre la fe y la cultura, en

el marco de la nueva evangelización, teniendo en cuenta el pensamiento de Fernando Rielo. Especialmente, en las áreas de la mística, antropología, sociología, ética, literatura y pedagogía. Quiero aprovechar esta ocasión para agradecer sinceramente a la institución Idente el sostenimiento de esta Cátedra en el seno de nuestra Universidad, porque gracias a ella podemos continuar profundizando en el estudio y la investigación del pensamiento de Fernando Rielo. También agradezco la presencia del obispo emérito de Riobamba y de Loja (Ecuador), Mons. Julio Parrilla Díaz, y al vicario general de la Diócesis de Segovia y exrector de nuestra Universidad, Ángel Galindo García", concluyó.

El acto fue seguido por el recital de poemas musicalizados del libro de Fernando Rielo *Dolor entre cristales* e interpretado por César García-Rincón de Castro (guitarra, voz y musicalización).

En Segovia se tuvo la presentación oficial en el Salón de actos de la Casa de espiritualidad el día 6 de junio, presidiendo el acto el Sr. Obispo al que acompañaban y participaron hablando Don José M^a López, secretario del premio, y Don Juan Antonio del Barrio, profesor de la Uned y del Colegio Claret. Concluyó el Sr. Obispo recitando varios de sus poemas y todos los presentes aplaudieron efusivamente.

DISTINCIÓN PONTIFICIA A MONS. ÁNGEL GALINDO

A petición de la Conferencia Episcopal Española, la Santa Sede ha concedido la **Medalla "Pro Ecclesia et Pontifice"** a Mons. Ángel Galindo García, Vicario General del Obispado de Segovia, como premio por su fidelidad a la Iglesia y servicio distinguido a la comunidad eclesial en su etapa como Rector de la Universidad Pontificia de Salamanca. La entrega de la Medalla tuvo lugar en la sede de la

Conferencia Episcopal de manos del Cardenal Arzobispo de Madrid Mons. José Cobo, al que acompañaban varios Obispos incluido Mons. César Franco. La Diócesis de Segovia se siente honrada y le felicita.

FESTIVIDAD DE SAN JUAN DE ÁVILA

Con fidelidad absoluta a la fecha del 10 de mayo los sacerdotes de nuestra diócesis celebraron la fiesta de San Juan de Ávila, Patrono del clero secular español. En este día se celebran también las bodas jubilaires de los sacerdotes, que este año han sido un verdadero tesoro por sus abundantes protagonistas.

Han celebrado sus bodas de plata quienes fueron ordenados en 1999, Don Juan Cruz Arnanz Cuesta y Don Rafael de Arcos Extremera.

Bodas de oro, ordenados en 1974, Don José Antonio García Ramírez, Don Mariano Herrera Fraile y Don José Vidal Floriach.

Bodas de diamante, ordenados en 1964, Monseñor Ángel Rubio Castro, Don Miguel Ángel Barbado Esteban, Don Inocencio Esteban Sanz, Don Esreban Gago Pérez, Don Balbino Gala Mardomingo, Don Laurentino Sanz Fernández y Don Andrés Torrego Manrique.

Bodas de platino, ordenados en 1959, Don Alfio Ayuso Martín y Don Miguel Domingo Herrero.

Bodas de titanio, ordenados en 1954, Don Julián Lázaro Galán y Don Anastasio Vallejo Cardiel.

Reunidos en la Casa de Espiritualidad y después de los saludos entre todos, tuvo lugar la exposición de Don Francisco Jimeno, Delegado diocesano de Liturgia, del documento «Gestis Verbisque». Una nota publicada por el Dicasterio de la Doctrina de la Fe este mismo año y que responde a las dudas sobre la validez de algunas celebraciones sacramentales. Tema muy importante dadas las abe-

raciones que se han cometido en algunos países, donde se han inventado fórmulas sacramentales absolutamente inválidas y ha hecho que el sacramento haya sido nulo. La fidelidad a la materia y la forma del sacramento son imprescindibles para su validez.

Seguidamente en la iglesia del Seminario, bajo la mirada de la imagen y el relicario de San Juan de Ávila, se ha celebrado la Eucaristía en la que concelebraron y con la que rindieron homenaje a quienes celebraban sus bodas sacerdotales, extendido a todo el presbiterio de la Diócesis.

Arropados por hermanos sacerdotes, familiares, amigos y feligreses, los dieciséis presbíteros homenajeados han concelebrado la Eucaristía, presidida por Mons. César Franco. Una celebración que también ha contado con la presencia de Mons. Ángel Rubio, Obispo emérito de la Diócesis que este año celebra 85 años de vida, 60 años de servicio ministerial y 20 de ordenación episcopal.

En su homilía, Mons. Franco comenzó dirigiéndose a los hermanos que celebraban esas bodas de metales preciosos, «aunque no tan preciosos como vuestra vida». «Hoy se juntan la veteranía a los venerables que están en el presbiterio con los que vienen caminando hacia el ministerio sacerdotal y que alegran el corazón de la Diócesis», manifestó el Obispo de Segovia, en alusión a los homenajeados y a Alberto Janusz, diácono que próximamente será ordenado sacerdote.

A continuación, don César aseguró que la Eucaristía de hoy sirve para hacer memoria de Cristo y de sus obras, también «con nuestros hermanos de su vida sacerdotal tan rica por lo que han hecho y el misterio que Dios ha realizado a través de ellos». Siguió afirmando que la tarea de la evangelización no es sencilla, ni lo ha sido nunca, pero hay que recordar que supone dos cosas: «predicar con valentía y que haya un pueblo que abra su corazón a la Palabra», ha afirmado. «Una cosa no debemos olvidar jamás», ha trasladado a sus hermanos en el ministerio, «que la Palabra crece, es fecunda y se desarrolla con productos extraordinarios».

Agradeciendo la presencia de los sacerdotes, quiso remarcar que «en nuestra pobreza y fragilidad, damos gracias por la fidelidad de nuestros hermanos y pedimos por la nuestra». A renglón seguido, puso un énfasis especial en una palabra presente en las lecturas de la celebración: LUZ. «Somos luz del mundo, como nos ha dicho Jesús, y cuando dejamos de iluminar, fracasamos en lo más radical de nuestra vocación», ha mantenido. Frente a las oscuridades y a la tendencia a la desolación presente en nuestro mundo actual, «estamos para ser luz», no para escondernos. «Es luz el que no se avergüenza del Evangelio; el que aunque la gente no quiera oír, proclama sin vergüenza lo que dice Jesús; el que es capaz de adentrarse donde nos da miedo, y encender velas de esperanza en el corazón de los hombres».

Asimismo, manifestó que, además de luz, «somos sal» que debe sazonar el mundo como aquellos santos que han sabido «dar sabor a la vida». «El jugo de la vida está en el corazón de los hombres, pero necesita que alguien lo extraiga como Jesús cuando se encontraba con la gente», ha trasladado a sus hermanos.

Finalmente, quiso subrayar que hoy se nos invita a recoger las palabras del Señor y vivirlas sabiendo que todo lo dicho por Jesús se cumplirá. «Tenemos abierto el camino, solo necesitamos transitarlo y caminar por él», encomendando a sus hermanos con «alegría y gratitud» a Nuestra Señora y a san Juan de Ávila.

Antes concluir la celebración Don Esteba Gago felicitó a sus hermanos homenajeados con un poema lleno de sentimiento y gratitud.

Por último, Monseñor Ángel Rubio Castro, Obispo emérito de nuestra Diócesis, fue el encargado de hablar en nombre de los homenajeados. Don Ángel significó tres palabras en su discurso: gracias, amor y oración. Desde su posición de Obispo emérito de la Diócesis afirmó tener más tiempo ahora que antes, «vivo retirado, pero no orillado, en Toledo. Hay libros que me aguardan, visitas personales, viajes que quizá pueda hacer», ha mantenido para continuar

asegurando que ahora vive en una etapa de sosiego en la que prima el cultivo del espíritu: «la actividad exterior cede primacía a la interioridad», ha asegurado.

Tras subrayar que vive en una soledad no impuesta y parafrasear a san Juan de la Cruz manifestando que es una «soledad no enmudecida, sino soledad sonora», concluyó pidiendo ayuda para «dar gracias al Señor, por todo lo que ha hecho conmigo» finalizando con un profundo y rotundo: «os quiero».

Terminada la concelebración eucarística se pasó a una comida comida fraterna en la Casa de Espiritualidad donde los homenajeados fueron obsequiados con una bandeja de plata grabada con sus nombres, como un detalle con el que recordar esta fecha.

